

BIBLIOTECA MUNICIPAL

SEMANARIO POLITICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 52
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid, 120 pts. trimestre; Año 5.
Provincia, 150 trimestre; Año 6.
Ultramar y Extranjero: Año 10.
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1,50

Año XXX

Madrid, Jueves 30 de Junio de 1910

Núm. 25



Si continúan molestándote ipisotéalos

Monita secreta

Doy al Señor de Cielos y Tierra las gracias, por haberme concedido la de prolongar mis días en este valle de lágrimas y desolación, hasta ver repartido el folleto 8.º, que pone al descubierto los medios de que se vale la inclita Compañía de Jesús para lograr sus santos fines.

En breve, si Dios quiere, distribuiré el 9.º, titulado "A una madre", penúltimo de la primera serie.

"El Motín", ¡ministerial!

Para todo lo que sea combatir el clericalismo, que es la vergüenza de España, y la guerra, y la ruina, El Motín apoyará desde hoy á los gobiernos liberales, dirijalos quien quiera.

Y únicamente los atacará por lo que dejen de hacer, siempre que puedan hacerlo dentro del régimen actual.

Esta idea y esta actitud son tradicionales en mí.

¿A dónde vamos?

Si alguna vez se hace difícil para un semanario el tratar cuestiones palpitantes, es en esta ocasión en que las cosas parecen cambiar de aspecto cada día y aun cada hora, teniendo la cuestión principal envuelta en misterio impenetrable.

El Sr. Canalejas se pasó varios años predicando radicalismos, divagando por las altas regiones de la especulación, prometiendo realizarlos desde el poder. Llegó su hora; continuó la afirmación de los radicalismos, prometiendo realizarlos cuando se abriesen las Cortes; pero cuantos aplausos merecieron sus promesas, fueron otras tantas censuras para sus obras. No sabemos si un gobierno rabiosamente clerical habría obrado de mejor ó peor forma.

Abriéronse las Cortes, trayendo un gran número de problemas que han causado universal extrañeza por lo inesperados. ¿A qué viene esta sorpresa?

Cada uno de esos problemas habría necesitado un gran debate en la prensa que hubiese podido servir á los diputados para sondear la opinión, y que habría necesitado de los representantes del país un largo estudio de las teorías, de su posibilidad práctica y de la forma de encarnarlas en la realidad. Dada esta sorpresa, los diputados habrán de presentar e á discusión sin haber tenido tiempo de documentarse ni de formar

perfecta conciencia, aun los más capaces y mejor cumplidores del deber.

En lo tocante á la cuestión religiosa hemos recibido una gran defección. Las afirmaciones del monarca son tan vagas y tan menudas, que sólo se saca en limpio la declaración de ser excesivo el número de religiosos y la necesidad de cercenar los privilegios que han usurpado. Hagamos constar que esta afirmación la ha hecho el Papa hace algunas semanas; al pie de la firma del gobierno anticlerical aparece la de Pío X.

¿Es ese todo el clericalismo que hay por combatir? El Vaticano dice y repite que va á guardar con España la intransigencia que ha aplicado á otras naciones. El Sr. Canalejas tiene ahí señalado el camino: tratar al Vaticano según las otras naciones lo tratan: Francia, Alemania é Italia.

Hasta aquí se han dado dos decretos: el de los signos cultuales, apoyado en un texto de la Academia Española, erigida por arte de birle-birloque en cuerpo legislador supremo, y el del registro de corporaciones religiosas. Este ha dado lugar á un acto de aparente energía: el cierre de algunas escuelas de maristas que no cumplieron el decreto.

Cuando se ha aplicado solamente á éstos, debemos suponer que será porque todos los demás han cumplido. De no ser así, fuera cosa de buscar la razón particular que obliga á tratar á raja tabla á los maristas y de exceptuar á los otros que se hallasen en su caso, razón que hallaríamos quizás en que los maristas no predicán, ni confiesan, ni sirven á ciertos planes clericales, y, en cambio, excitan la rivalidad de sus cofrades jesuitas y otros, que serán los primeros en alegrarse de su exterminio.

En sus últimas declaraciones, el señor Canalejas ha hecho una manifestación dolorosa: «Sabremos—ha dicho—el número de casas religiosas, pero será imposible averiguar el número de individuos y de sus bienes.»

Para venir á parar á este punto, no necesitábamos tanto ruido. No sabemos descifrar en tal frase si es que los conventos tienen minas, cuevas y trampas, en donde es imposible penetrar, ó si es que el gobierno no quiere penetrarlos. Antes de echar mano á Ferrer, Maura sabía el número de su cuenta corriente en el Banco, conocía el valor de sus fincas é industrias y aun la procedencia de sus bienes en la nación y en el extranjero.

No debe ser más difícil coger á un fraile y á una monja, que coger á los Humbert, á Cecilia Aznar y á los cinco mil revolucionarios de Cataluña.

Si «el clericalismo es el enemigo»; debe desplegarse contra él la estrategia adecuada. Seguramente contra los jesuitas, y aun los maristas, conocen perfectamente la fortuna de los ministros, el nombre y apellido de sus criados, los novios de las camareras y la filiación de sus animales domésticos.

Y siendo tan trillado el camino para

la averiguación, ¿cuál obstáculo invisible al público se opone á que se ande?

Cada vez lo vamos entendiendo menos. Si Merry del Val hubiese de dirigir la campaña anticlerical arrimando el ascua al Vaticano, no haría menos en lo de dañar al «enemigo» ni haría más en lo de colmarle de atenciones.

¡No lo entendemos!

No sabemos si los actos esos son espejuelos para cegar la opinión, ó si son chispas de un volcán pronto á estallar. Y si por lo no hecho hemos de juzgar lo hecho y lo que se hará, no se dé prisa Montagnini en liar el petate; puede dormir tranquilo el clericalismo; de aquí á cien años estarán mejor que ahora si no vienen á barrerlos los barrenderos de París y de Londres.

La minoría republicana

Reunida el domingo en el Congreso, facilitó después á los periodistas lo siguiente:

NOTA OFICIOSA

«La minoría declara la conveniencia de que la opinión anticlerical se manifieste en toda España, respondiendo á los alardes y provocaciones de los elementos reaccionarios.

A los partidos todos, representados en el Comité de conjunción republicano-socialista, corresponderá el desarrollo de esa idea, de hallarla también conveniente.»

Por fin se entra en el buen camino. Un aplauso.

¿A LA GUERRA CIVIL?

Lo que seis meses atrás parecía un imposible, hoy ha llegado á ser peligro inminente.

El Vaticano, según los telegramas de la prensa, ha amenazado al Estado español con la guerra civil en términos tanto más significativos cuanto más hipócritas, si el gobierno no se allana á sus caprichos. Y en vez de cortar las relaciones con tal centro diplomático, convertido en foco filibustero, prohibiendo á los nacionales toda comunicación con él, el gobierno sigue vacilando.

Los hechos van revistiendo tal gravedad, que debemos dar el grito de alarma al pueblo español para que se aperceba á cortar de raíz el mal tan pronto como se produzca la primera chispa, supliendo la desidia del gobierno.

Los hechos forman una cadena ya innumerable. Don Jaime se hace confeccionar en el propio Madrid el traje de guerra; constrúyese ante el público la magnífica espada que, llegado el caso, ha de hundirse en el pecho de nuestros soldados.

Se sorprenden en circulación las cartas de los fabricantes de armas, ofreciéndose á surtir los conventos. Los jesuitas de Barcelona convierten en fortificación sus colegios. Háblase de alijos

de armas con destino á los carlistas de Cataluña. Celébranse *aplechs*, donde se solivianta á los fanáticos.

Hácese circular en el ejército un libro del P. Vilariño, destinado á introducir y fomentar la discordia y á preparar la rebelión, ultrajando al ejército liberal.

Los obispos se jactan de sus amistades con los jefes del ejército, que exhiben ante el pueblo en horas críticas y en formas tan poco recatadas, que acusan su intención de hacer creer en una alianza de conciencia incompatible con la disciplina militar.

Los propios obispos conminan al gobierno con hipócritas lamentaciones de trastornos fatales, que nadie más que ellos puede preparar y que de hecho preparan con tales lamentaciones.

Salen á la acción pública las encoquetadas damas de la corte, semejando los antiguos clubs de mujeres conspiradoras de que habla en sus *Pequeñeces* el jesuita Coloma.

Se lanzan á la contienda los grandes agiotistas, enriquecidos por los privilegios del Estado, como dando á entender que sus flotas mercantes pueden transformarse en escuadras de guerra.

Háblase de altas complicidades; sueñan los nombres de Caserta y de Llorens mezclados en pláticas en que se habla de D. Jaime, del carlismo, de Merry padre é hijos...

La prensa reaccionaria, los obispos y los pulpitos vomitan bravuconadas que á los oídos del pueblo suenan á sofismas y arengas guerreras.

El obispo de Santander predica la guerra santa, haciendo la apología de los caudillos *suscitados por su Dios* contra las ordenanzas militares...

Gabriel Maura reniega de la Constitución, enarbolando la bandera de «Dios y Patria», es decir, su *ídolo y su patri-monio*.

Todos estos síntomas son traducidos en la Bolsa como baja de los valores del Estado.

¿Y qué hace el Estado? Nada. Ni va á la cárcel Vilariño, ni son refrenados en sus ímpetus los obispos, ni son perseguidos los predicadores, ni son registrados los conventos, ni se aísla al ejército del contacto con los conspiradores.

La idea de la guerra invade las provincias del Norte. ¿Qué debe hacer el pueblo español si por acaso se realizan estos augurios?

Dos caminos le quedan: ó cruzarse de brazos, dejando que el carlismo venga á hacer limpieza de la podredumbre *restauradora*, llevando á la desesperación las familias de los chupadores de la vida pública, para después limpiar de fanáticos el suelo español; ó bien atajar al carlismo en sus primeros atentados, supliendo la omisión de los gobernantes. En este caso, ¿serviría la acción popular para consolidar de nuevo esta situación monárquica que se desquicia? ¿O bien la indiferencia no serviría para que el furor católico se cebase principalmente en los nuestros para luego re-

tirarse y venderse á este Estado bamboleante?

El gobierno, con su inacción, está dando lugar á que se crea que se halla en inteligencia con Roma.

Salga pronto de esta situación equivoca si realmente está dispuesto á servir á la patria y á la libertad.

¡A los conventos!

Sea esta la consigna de todos los que amamos la libertad, desde los ácratas á los liberales más tibios, para cumplirla en el momento mismo que los clericales levanten la primer partida.

Y que el patriotismo de cada cual le marque las reglas á que ha de ajustarse, para ahogar la guerra en sus comienzos.

Y entiéndase que son conventos para el fin indicado, las casas de todos los integristas, mestizos, carlistas y conservadores, como los seminarios, palacios episcopales, asilos religiosos y colegios ídem.

Acción sublime

¿Quién será aquel aristócrata orgulloso, aquel burgués adinerado, ó aquel agiotista enriquecido que va por la calle de Hortaleza corriendo á todo correr dentro de aquel coche, sin cuidarse de los que van á pie? Merecía que una caída providencial acabase con su vida, en castigo al desprecio en que él tiene la de los demás.

Mas ¿qué veo?... ¡El coche tropieza!... ¡Y tropieza en un niño!... ¡Maldición sobre el miserable que, por llegar un poco antes donde va, nubla para siempre los ojos de una madre!

Mas ¡oh alegría!, el niño no ha muerto. Sólo ha salido con unas contusiones. ¡Bendigamos á la casualidad que lo ha salvado!

Apartarse un poco, para ver si vislumbro la fisonomía del atropellador... ¡Más!... ¡Mas!...

¡Pero qué veo! No es ningún aristócrata, ni ningún burgués, ni ningún agiotista... ¡Es algo menos!... ¡Un obispo!... ¡Un sucesor de los apóstoles!... ¡Un representante de Cristo!...

Es e-e vocinglero de Jaca que hace campañas ridículas contra la prensa decente, el que bulle más que un ardilla combatiendo al liberalismo, el que hace reír con sus majaderías en el Senado. ¡Es Peláez!...

Al día siguiente leo en los periódicos una noticia que me obliga á suplicar á mis lectores que tengan por no escrito lo que acaban de leer.

¡Su Ilustrísima dió cinco pesetas en la Casa de Socorro al niño atropellado, sin duda para que nadie se enterara!

Anonadado, confundido, admirado ante ese rasgo de generosidad en un hombre que no cobra más que unos

miles de duros al año y sólo se agencia otros cuatro ó cinco mil por diversos conceptos, me siento completamente desarmado y únicamente me quedan fuerzas para decir:

«Religión que tiene hombres capaces de abnegaciones tan grandes, de sacrificios tan heroicos, no puede morir jamás. Ese rasgo de Peláez, y en estos instantes, ha salvado de un naufragio seguro la barca de Pedro.

Y á propósito de Pedro y de Peláez: Desearía que me dijese alguien que lo supiera, si este ilustrísimo señor desciende en línea recta de aquel barbero que, en su afán de llamar la atención, se anunciaba de este modo:

«Pedro Pérez Peláez, Peluquero, Peina Pelucas Postizas Para P... Pudientes, etc.»

Voy á escribir su biografía y quisiera dar noticia segura de su historia y su abolengo.

Religión y clericalismo

Nuestro valiente colega *El Radical*, á propósito del militarismo y antimilitarismo, ha presentado como símil para su discurso sobre la distinción entre ejército y militarismo, la distinción que va entre religión y clericalismo.

Sabido es que *EL MOTIN* ha sostenido ideas contrarias; y, puesto que estas cuestiones han adquirido un interés palpitante de lucha, que podrían ser germen de divisiones, vamos á definir estas ideas.

El militarismo no es la *milicia*, sino un «sistema» y modo particular de ver y juzgar la *milicia*. Por correlación antitética, la palabra *antimilitarismo* no significa *animadversión á la milicia*, sino el *sistema contrario al sistema llamado militarista*.

Todos los *ismos* tienen igual valor con respecto á las palabras á que se aplican.

Por esta razón el más excelente militar puede ser enemigo radical de un *sistema militarista*, como también un mal soldado puede ser *militarista* recalcitrante.

Lo propio ocurre con el *clericalismo* y con el *anticlericalismo*. No atañen directamente al concepto esencial de *religión* ni al concepto de *clero*. Especialmente puede, pues, decirse que un religioso puede ser rabioso anticlerical, como lo fueron Cristo, Savonarola, Servet y otros muchos. Y puede ocurrir que un perfecto impío, blasfemo y vicioso sea furibundo clerical.

Si á la historia consultásemos, hallaríamos que el *clerical* más rabioso tiene muy pocos grados de religiosidad y viceversa.

Empero todo esto sirve para la especulación; en la práctica, en lo que al clero atañe, esta distinción se ha hecho inútil.

Las «religiones» que se presentan á la vida pública se basan todas esencialmente sobre la idea de «clero», ó sea sindicato monopolizador de la doctrina y autoridad religiosa. La primitiva idea del clero cristiano era de *servidumbre*. El oficio clerical era un *servicio* y no un

dominio. «Siervo de los siervos» era el título oficial. Pero más tarde se invirtió el concepto: la servidumbre se convirtió en privilegio; el siervo de los siervos adoptó el título de los Césares romanos: «Sumo Pontífice Máximo», rey de reyes y señor de los gobiernos.

Esta corrupción ha pasado á ser el principal y aun el único dogma religioso. En el sistema romano se dice con todas sus letras; en los demás sistemas religiosos militantes se presenta esta corrupción como principio esencial más ó menos difuminado.

En este sentido tenemos que quien dice religión, dice clericalismo, privilegio del clero, predominio del clero, corrupción del clero y consagración de sus ambiciones, de sus vicios y de todos sus actos. En vez de «servir á todos», no sirve á nadie y todos le sirven á él; *omnia genuflectantur: coelestium, terrestrium et infernorum*. Esta rabia de privilegio es achaque incurable de católicos, de protestantes, de rabinos, de fakires y de bonzos. Todos son clericales, y todos los que combaten estos privilegios son llamados por el clero herejes contra Dios é impíos. El obispo de Santander, haciendo suya una frase de Nakens en su Boletín Eclesiástico, reclamaba de sus fieles esto: que creyesen que el clero es Dios, que el clerical, ó sea el furioso exaltador del clero, al exaltar al clero exalta á Dios, y que todo anticlerical es por lo mismo enemigo de la religión y de Dios.

Así, pues, en el orden práctico actual tenemos que toda religión constituida en sociedad ó en iglesia, es radicalmente clerical y que el clericalismo es su esencia orgánica, y por tanto, resulta cierta la frase: es imposible separar la religión del clericalismo.

Nakens, que ocupa lugar preeminente entre los pensadores que se inspiran en la realidad ambiente para fines inmediatamente prácticos, condensó esta realidad en dos frases: «la religión es el clericalismo; el clericalismo es el enemigo». Estas frases, proferidas por él antes que las proferiese otro alguno, han sido adoptadas en estas definiciones eclesiásticas: *sin clero no hay religión posible*.

En cuanto, pues, las religiones que pugnan por la vida social son á base esencial de clericalismo, resultan anfibias las distinciones aquellas especulativas, principalmente cuando se dirigen á públicos poco metidos en calzas metafísicas, y que aun lo especulativo más claro lo aplican á la práctica que tienen á mano.

Con estas anfibologías se llena de confusión á los pueblos que no saben á qué atenerse, confusión que puede producir una escisión en las masas dividiéndolas en anticlericales religiosas y en anticlericales ateas.

De desear es que en cuestiones de tan universal interés se adopte un lenguaje muy preciso y claro para no sumergir en torturas inútiles la conciencia de los ciudadanos.

EL ANTICLERICALISMO OFICIAL

He aquí los términos en que el rey promulgó el *radicalismo anticlerical* en el discurso de la Corona á las Cortes:

«Amistosas y cordiales son las relaciones de España con todos los países. La alta solicitud del Romano Pontífice y los sentimientos de filial consideración debidos á Su Santidad hacen esperar que no se interrumpa la feliz concordia entre ambas potestades DENTRO DEL RESPETO MUTUO DE SUS PRERROGATIVAS.»

Con oportunidad y tino comentó estas palabras *España Nueva*.

La frase «dentro del respeto mutuo de sus prerrogativas», puede significar mucho, puede significar nada, y aun puede significar un desastre. ¿Quién fijará los límites en esas prerrogativas papales y regias? ¿Con qué criterio se propone interpretarlas el gobierno español?

Porque, si es un profesor de derecho de la escuela regalista, definirá las «prerrogativas» en sentido diametralmente opuesto al que les atribuirá un profesor de seminario, y cada acto de defensa del derecho del rey según uno, será una grave ofensa inferida al derecho del Papa, según el otro, y viceversa.

La eterna lucha entre el Pontificado y el Imperio en los Estados católicos, demuestra la imposibilidad de llegar á un acuerdo en la delimitación de esta mutualidad.

Tratando de este punto el obispo de Canarias en su famoso libro sobre la independencia de la Iglesia en España, dirigido á Isabel II, condensó la teoría eclesiástica en esta frase: «el Estado, con respecto á la Iglesia, no tiene más camino que someterse á ella ó perseguirla. El insustancial argumento de la división entre el *dominio espiritual* y el *dominio corporal*, lo ridiculiza con fruición cínica aquel obispo en estos términos: «¿No forma el hombre un todo de alma y cuerpo, tan indivisible como inseparable?» He aquí, pues, la incompatibilidad de ambas potestades. No se puede mover el cuerpo sin arrastrar el alma; no se puede mandar al alma sin arrastrar el cuerpo. De las logomaquias de *cuerpo y alma* y de su división, sacaron los teólogos y los políticos sus teorías de las dos potestades. ¿Qué opina de esas ideas fundamentales el Estado español? Si profesa la división y separabilidad de aquellos pretendidos elementos humanos, *alma y cuerpo*, debe renunciar al título de *Estado del siglo xx*; no es un Estado culto, sino ignorante y renegado de la ciencia; la conducta que debe seguir, es la trazada por aquel obispo de Canarias: *someterse á la Iglesia ó perseguirla*. Todo lo que no sea sumisión, la Iglesia lo considerará como persecución y responderá á ella con la venganza escandalosa y cínica, ó con la venganza aliada por la pérfida astucia, practicando su doctrina de la *compensación oculta*, que es lo ocurrido desde el año 1851 á la fecha.

Y si el Estado no profesa estas teorías, antes bien reconoce que esas divisiones de cuerpo y alma son meras anfibologías, y que todo el derecho sobre ellas fundado carece de base fundamental sin tener otra razón que las circunstancias

de los tiempos; en tal caso ha de profesar que toda ingerencia del *Poder espiritual* es una intrusión é invasión ilegítima. Y entonces el Estado deja de ser católico, porque la Iglesia ha elevado á dogmas aquellas sus máximas políticas y á cosas sustanciales de la religión las ambiciones de los Papas.

El dilema no da lugar á escape.

Libro importante

COMENTARIOS AL CONCORDATO, por Cantalero.

Cantalero es... un secreto á voces. Antiguamente fué *canónigo lateranense* y llamóse Marcelino Menéndez Hurtado en la publicación de su libro *Arreglo eclesiástico*.

Al presente llámase *Cantalero*, y es una de las firmas que hacen las delicias del público de *El Pueblo* de Valencia y que tiene á raya al discolillo Guisasaola.

Sus *Comentarios al Concordato* son una colección de artículos divertidos, amenos, instructivos, espirituales, incisivos y apetitosos. Van precedidos del texto del Concordato de 1851 y seguidos de la lista de conventos que ya conocen los lectores de *EL MOTIN*. En un prólogo Blasco Ibáñez hace la presentación del autor.

Es libro de actualidad, contiene ideas muy apreciables para políticos discretos y honra á nuestro querido colaborador.

De este libro verán muestras nuestros lectores.

Horrible persecución de la Iglesia en tiempos anticlericales

No hacía quince días que en Madrid se había inaugurado otra casa religiosa, cuando el día 22 se celebró la solemnísimas inauguración del llamado Asilo de San Luis Gonzaga, que ni será de San Luis, ni será asilo, sino depósito-antecámara del depósito del cementerio.

Se ha instalado cerca de la Plaza de Toros con simbólica oportunidad.

Cuentan los revisteros que es un edificio soberbio, capaz para 400 plazas, que ocuparán en mayor ó menor número los viejos inútiles recogidos de la basura callejera.

Al entrar en aquel paraíso los viejos perderán nombre, apellido, personalidad, libertad, familia y conciencia, recibiendo en pago de todo ello un rancho tan magnífico como esos que á los socorridos se da en los hospicios y hospitales católicos.

Comerán y vestirán de la limosna pública, porque las *hormigas* que van á ser sus dueñas soberanas se dejarán ahorcar antes de sacar un céntimo de las cuentas corrientes acaparadas con las *limosnas*. ¿Puede alguien probar lo contrario?

En la capilla hay una Inmaculada

grande, un Cristo chico, un Corazón de Jesús que es un Jesús sin corazón, y un San José que contemplará á los compañeros, diciéndose: «¿Quién será aquella mocita? ¿Quién será esotro, que cuando lleva el corazón por fuera no puede tenerlo dentro?» Cuando los viejos le respondan «son tu Hijo y tu Mujer...», ¡qué cara pondrá el bendito San José glorioso!

Para viejetes, esas imágenes son oportunísimas. Como cosa de beatos.

Muy bien. La obra se ha costado á expensas del Conde de Torrealan, el lujo del cual conde era costado por el rebaño de sus colonos, criados, lacayos, camareros, doncellas y demás empobrecidos en servicio del señor conde.

Háanse gastado en la obra 1.300.000 pesetas, que repartidas á 400 viejos, habrían tocado á razón de 3.250 pesetas, con las cuales se habrían salvado otras tantas familias de hijos y nietos.

Puesto á interés este capital, al 5 por 100, habría facilitado á 400 pobres una rentecilla de 162 pesetas, con las cuales tendrían muchos lo bastante para dejar de ser gravosos á sus familias, pudiendo continuar en ellas; ó se habrían podido costear igual número de lactancias domiciliarias; ó facilitar medicinas á otros tantos enfermos; ó aplicarlas á préstamo gratuito, salvando gran número de familias, con lo cual los ancianos desamparados no caerían en el desamparo ni en la ancianidad.

Pero con ésto, ni las *hormiguitas* podrían mangonear ese asilo de miseria, ni el conde dejaría rastro de su filantropía, ni la Iglesia sería dueña de la beneficencia para poder maleficarla... ¡En tiempos anticlericales!...

Las madres, abuelas, tías, hermanas, hijas,

PRIMAS, SUEGRAS Y NUERAS
DEL CORAZÓN DE JESÚS

Ya se han echado á la calle las «damas católicas» de toda condición, edad y sexo. El sábado asaltaron la Presidencia «arrastrando sendos automóviles» para pedir la inviolabilidad de sus frailecitos.

Pobrecitas damas! la orfandad y viudez espirituales se les hace inaguantables. Están unidas á su «padres espirituales».

¿Qué diablos querrán pedir al gobierno?

Frailes; que no les quiten los frailes y las monjitas. Se mueren por el *sport* religioso.

El fraile es el *hombre público* de la mujer privada. Se comprenden las angustias de las respetables damas.

El fraile las consuela en todas sus penas.

El fraile las lava con su bendición de todas las suciedades del alma.

El fraile las absuelve de todas sus fechorías.

El fraile..., ¡oh, el fraile!, es el chisme más útil de ciertas damas.

Con razón han ido á pedir que les dejen gozar en paz del fraile.

D. José hálas recibido con toda afabilidad. De las 36 que formaban la comisión, sólo dos tenían el palmito aceptable. Estas serían *bocato di cardinali*; las otras, viejas, ¡ay!, son simple *bocato* de fraile. D. José no tuvo medio de echarles un piropo.

Y aun se olvidó de pedirles la autorización de los maridos y tutores para aquel *mitin* frailuno.

Por otro lado estuvo bien D. José, recordándoles que el fregado político en que se metían no era de su competencia, y que en cuanto al fregado religioso no tenían por qué alarmarse las respetables viejas.

Entre las dueñas las había bravías de verdad. Una de ellas sacó la lengüecita é hizo pinitos:

—¡Antes es Dios que la patria!—dijo la muy zalamera.

Don José sonrióse.

El dioscito de la amazona es el fraile.

Enterados.

¿Qué dirán de estas dueñas sus futuros herederos, los de Casandra?

¡Pobrecitas doñas estantiguas!

Si; regálas un fraile á cada una el Sr. Canalejas.

Mujeres contra devotas

«Con verdadero placer publicamos este escrito que honra á las virtuosas mujeres, nobles por sus actos, señoras por su trabajo, damas de sus hogares, que rechazan, y hacen perfectamente, direcciones contrarias á su conciencia.

He aquí cuáles son los propósitos de estas mujeres:

AHORA NOSOTRAS

«Pretenden las que pasan por damas españolas hacer ver que las mujeres de este país son gazmoñas y beatas, y siervas del Vaticano, y, por lo tanto, intentan hacer pasar á este país por un pueblo reñido con el progreso, la libertad y la cultura; las que suscriben, sin más títulos que los de obrera, y sin obedecer á más confesor y director espiritual que su propia conciencia, se proponen, á fin de desvirtuar la obra de las marquesas que han acudido á la Presidencia del Consejo de ministros, celebrar á la mayor brevedad posible un importante acto, en el cual será nombrada una Comisión que, con igual derecho que la Comisión dirigida por curas, frailes y obispos, vaya á la Presidencia del Consejo de ministros á pedir todas las reformas que España necesita para que figure en el concierto de los pueblos libres y progresivos.

Haremos ésto porque no podemos consentir crean en el extranjero que todas las mujeres españolas son movidas á capricho de los curas y los frailes. Queremos demostrar que en este país ya hay mujeres que piensan y discurren, y que no tienen miedo á las excomuniones, ni al purgatorio, ni al infierno, y queremos, en fin, sumar nues-

tros esfuerzos á los que hagan los varones esforzados por librar á España de la intransigencia del fanatismo.

Así, por lo tanto, á nuestra labor se sumarán todas las esposas que hayar recibido aires de libertad de los esposos é hijos que sean republicanos.

Felipa Munuera, Enriqueta Puch, Enriqueta Hernández, Carmen Peláez, Concha García, Palmira Pérez, Soledad Bautista, Angela Alarcón, Casimira Cabrera, Carmen Cuadrón, Pascuala Gijosa de Barbos.»

EL PAÍS.

Telegrama simpático

«Zaragoza 26 (10 m.)—Una numerosa comisión de obreras ha visitado al gobernador con dos objetos: el primero felicitar al Gobierno por sus reales órdenes, y el segundo protestar contra la osadía de las damas madrileñas que se han arrogado representaciones que no tienen.

Las obreras organizan mitins, y han publicado una hoja demostrando que las Ordenes religiosas las roban el pan con la formidable competencia que les hacen.

Esas Ordenes no cumplen ni han cumplido nunca la real orden de Urzáiz, que disponía pagaran contribución industrial.»

Crónica obrera

Los atropellos

El Socialista relata un hecho inaudito, que pide enérgico correctivo, y que no le tendrá.

Un matrimonio socialista de Jerez de los Caballeros—Ernesto Alvarez y Trinidad Páez—ve llegar á su casa á la Guardia civil que sin más explicaciones le ordena ponerse en camino para Badajoz.

¡Inútil la protesta; las órdenes de la fuerza pública son terminantes, y dos ciudadanos de una nación civilizada á la que pocas igualan en la profusión de derechos políticos y menos en la prodigalidad de leyes adjetivas, reglamentos, decretos, reales órdenes y circulares que aflancan el respeto y la efectividad de los susodichos derechos individuales, tienen que abandonar su hogar y tomar la carretera, acompañados ya que no conducidos por la Guardia civil.

Y siendo socorridos como pobres transeúntes en tres pueblos del tránsito, á pie, bajo un sol de fuego, caminaron las doce leguas que hay desde Jerez de los Caballeros á Badajoz.

¿Qué delito cometió este matrimonio? Pensar que los derechos están reconocidos en la Constitución para que los españoles usen libremente de ellos, y, por consecuencia de este osado pensamiento, trabajar en la organización legal de los obreros.

Olvidaron que «prácticamente estos derechos reconocidos y aflanzados tienen en España, país democrático y civilizado, una restricción capital que podríamos formular así: «Por encima de lo consignado en el art. 13 de la Cons-

titudin de la monarquía española, está la soberana é irresponsable voluntad de las autoridades.»

Y menos mal si paran ahí las malandanzas de este candoroso matrimonio, porque pudiera ocurrir que salieran de Badajoz del mismo modo y hasta de España; que no hace mucho á un agitador obrero español se le embarcó en Barcelona para Montevideo, y aún no hay noticias de que esté en presidio quien ordenara la arbitrariedad y el atropello.

Claro está que no son patrimonio exclusivo de la clase obrera estas paternales solicitudes de autoridades zafias, de autoridades bárbaras, de autoridades sin conato de pudor, de autoridades que justifican á diario todos los adjetivos deprimentes y ofensivos y sólo por excepción los halagüenos y lisonjeros. Allí donde un ciudadano se permita profesar y confesar y propagar ideas que en poco ó en mucho quebranten la bestial y mortal resignación, surgirá una legión de mandarines que harán difícil su vida.

Pero en esto del movimiento obrero y de sus hombres, la ingénita barbarie de las gentes puestas para mantener á todos en el pacífico y sosegado disfrute de los derechos, llega á límites inverosímiles.

Por una razón. Porque el movimiento, la organización de los obreros va directa é inmediatamente contra el bolsillo de los bien avenidos con lo actual, y esto sí que es cosa intolerable.

El matrimonio de este relato había contribuido á formar sociedades de resistencia, que á la corta ó á la larga piden más salario y menos jornada, y esto no puede soportarse.

Pensar que no es bueno el régimen monárquico, ó que la religión de nuestros mayores es asunto discutible, ya son cosas vitandas; ¿qué no será subvertir todo el orden social y subvertirle de un modo práctico?...

El caso de Jerez de los Caballeros es legión, tanto, que á estas horas en muchos rincones de España se está cometiendo alguna tropelía contra algún ciudadano; y como el obrero, por su natural debilidad, por su aislamiento y aun por su ignorancia no tiene valedores, ni suelen atender los periódicos su queja, la tropelía pasa hasta sin la sanción de la publicidad, que, aunque parezca mentira, suele molestar incluso á autoridades de la clase preboscida.

Si de todo esto que pasa, que pasó y que pasará culpáramos al gobierno actual, cometeríamos una injusticia. El mal es añejo, casi crónico, y no se curará en un día, salvo si los dañados se cansan y hacen unos cuantos escarmentitos; pero sí podemos decir, con pena, que este gobierno procede como todos.

Pablo Iglesias ha denunciado esta reciente atrocidad al subsecretario de Gobernación y este subsecretario ha prometido enterarse y *amonestar* á la autoridad, si la denuncia se comprueba.

Es seguro que el subsecretario habrá oficiado á estas fechas al gobernador de Badajoz preguntándole qué hay del asunto, y es más que seguro que el gobernador de Badajoz habrá trasladado la pregunta al alcalde de Jerez de los Caballeros, que dió la orden de expulsión.

Y al cabo resultará que el matrimonio merece cuando menos la pena de

muerte y el alcalde alguna gran cruz, y no la formidable *amonestación* del subsecretario.

Y así, poco á poco, las autoridades con sus salvajes atropellos y los gobiernos ó amparándolas ó no castigándolas sino á lo sumo con *amonestaciones*, se va preparando una tempestad formidable é inaudita de odios y rencores que cualquier día nos sorprenderá á todos...

¿Hasta cuándo vamos á suspirar por un gobierno que imponga la ley y la haga respetar?

J. J. MORATO

Enseñanza clerical

Leo en *El Correo de Zamora* este anuncio:

COLEGIO DE LA INMACULADA
Para señoritas y párvulos de ambos sexos
BAJO LA DIRECCIÓN DE LAS

Religiosas del Amor de Dios
¿SEXOS?

¿De qué fregadero habrá emigrado la directora del Colegio y de qué cuadra el director del periódico?

¿Y son estos animales los que pretenden educar los niños?

¿A los barreños de la cocina, directoral?

¿A la cuadra, director!

Rugidos de hienas

¿Cómo están los cacharros de la mesilla de noche clerical! (donde digo *cacharros* quiero decir periódicos, y donde *mesilla de noche*, Buena Prensa).

¿Que titulazos tan brutazos y *tremebundanzos* ponen los cochinzos á sus articulazos *barbaros*!

Allá van unos cuantos.

«La voz del Papa es de pelea.»

«Satanás en el ministerio.»

«Cristo, demanda nuestro brazo.»

«Moriremos ó venceremos.»

«Ahora ó nunca.»

«El cielo llama á la guerra.»

«Esgrimiremos todas las armas.»

«Pongámonos en pie de guerra.»

«Soldados de Cristo... lucharemos.»

«Barrabás contra Cristo.»

«Armémonos en cruzada sangrienta.»

En uno semanal de Castellón, encuentro en un sólo número estos títulos y estos párrafos:

«La hora suprema se acerca con pasos de gigante.»

«Suelta á Barrabás: crucifica á Jesús.»

«Declaración de la guerra.»

«Desmayar, nunca: rendirse, jamás.»

«Habló Roma... y ya no cabe la menor duda.»

«Los villarrealenses que en otras ocasiones supieron abandonar sus hogares para defender los derechos de Dios y de su Iglesia, sabrán hoy defender esos mismos derechos conculcados por el gobierno...»

«¡Adelante católicos!»

«Canalejas está herido de muerte por el rayo del Vaticano. Pronto lo enterraremos.»

«¡Vivan los frailes!»

¡Soo... siéguese la borriquería andante!

Y no den lugar á que el Pueblo español, el decente, el consciente y el potente, grite el día que se vea de nuevo envuelto en una guerra civil: ¡Mueran los frailes!

Porque aquel día, ¡ay de los que visiten sayal, y de sus cómplices, amparadores y encubridores!

Procuren, por lo tanto, que no llegue tal día.

SOBRE FRAILERÍA

No es eso, D. José

Parece quejoso el presidente del Consejo de que las minorías avanzadas no le ayudan bastante. No tiene razón; ellas sí que la tendrían si calificaran de anodina, incompleta y extraviada de su terreno, la labor de Canalejas.

Se está viendo que las izquierdas extremas se abstienen de exigir verdaderos radicalismos. Todos comprendemos lo que puede razonablemente exigirse á un ministerio demócrata alfonsino, y aún se diría que hemos olvidado una verdad indiscutible; que para la represión justa (zada de tiranías) contra el clericalismo, una monarquía cuenta con más recursos que una república: todo consiste en saber emplearlos.

De esta pericia no ha dado el ministerio grandes muestras; por eso el Vaticano lo trata desdeñosamente: «Estos señores, se dirá, carecen de pericia, no conocen ni el terreno de la cuestión ni nuestros lados flecos, que son muchos; pues utilizemos tamsña debilidad.»

Las recientes declaraciones de Canalejas al corresponsal de *Le Matin* habrán confirmado á la curia romana en este su juicio, al paso que á los buenos liberales españoles hánles hecho el efecto de una ducha helada. No, no es eso lo justo ni lo conveniente, ni lo que esperábamos con perfecto derecho; es, por el contrario, la continuación del equívoco de D. Bernabé Dávila y de Romanones, algo del mismo Montero Ríos: un sistema ambiguo que, bajo apariencias de acción liberal pura, encubre el triunfo del Papado y su dominio sobre esta desdichada nación.

Alharacas aparte, el Vaticano lo que desea es ver con la categoría de concordados á los jesuitas y en plena legalidad civil al resto de los conventuales. Que se les someta á tributos, á reglamentos de enseñanzas, á las quintas, á lo que fuere, poco le importa; ¡todo lo han de pagar los devotos del fraile!

Grita la corte papel consecuente con su táctica de lograr cuantas más ventajas pueda; pero si consigue las dos apuntadas, se considerará, ¡ya lo creo!, vencedora en toda línea. Pues, según las referidas declaraciones, Canalejas le asegura al Vaticano esa victoria. Oigamos á D. José:

«He hecho poco hasta ahora; pero más que antes realizara nadie. (Esto decir admite reparos, y muchos; pase, no

obstante. Cuanto á las Congregaciones, nuestro deber es que reconozcan la ley española y la respeten como cualquier ciudadano. (Eso no se ha conseguido de los frailes en ningún país del mundo.) Queremos que los frailes (¿y las beatas y monjas no?) estén sometidos á los mismos deberes que los seglares, puesto que gozan las mismas libertades.

¿Se quiere más claro? Canalejas, en efecto, lo aclaró cuanto pudieran desear... los frailes. «El Concordato, dice, que habla únicamente de tres órdenes, no responde ya (¡ya!) á las exigencias de la actual situación. Se han creado y desarrollado múltiples Congregaciones fuera de toda esfera legal y... ¡atención!, querremos que enti en en ello.»

¿Auditis blasphemiam? El Papa y los neos son los que dicen precisamente que el Concordato ya no sirve, por admitir sólo tres institutos; esas exigencias son las del Vaticano, puesto que á la nación ninguna Orden monástica le hace falta, ni es juez de eso el ministerio; pero quiere, lo mismo que Pío X, que esas otras Ordenes sean legales.

Democracia, te has lucido; espíritu liberal, entonces el *ghosanna!* en loor... del Papado y de la frailería. Obreros, industriales, maestros, mendigos, perjudicados todos, aplaudid: si antes el fraile os hacía una competencia ruinosa hasta obligaros á emigrar, si os aniquilaba fuera de la ley, ahora, por voluntad de Canalejas, conforme con la del Papa, la de los cortesanos, las damas y los neos, os reventará legalmente.

¿Que pagará contribuciones? Falta verlo, ya vendrá la rebaja; pero aunque así fuera, no saldrán de otro bolsillo que del de los españoles, y el convento continuará haciendo competencia á todos como antes, por no costarle nada los tributos, ni la mano de obra; por contar con su influjo, con el confesonario, con la protección de los adinerados y con la oficial. ¡Cualquiera lucha con el fraile en tales condiciones!

Y esa es toda la obra anticlerical de Canalejas. Esa, en vez de la sencillísima de parapetarse tras de la ley, y, sin negociar con nadie, proceder, apoyado por la mayoría y las minorías liberales de las Cámaras, á observar estrictamente lo concordado, afirmando con enérgico denuedo las regalías de la corona, la independencia y la superioridad del Estado sobre toda otra entidad de la tierra. El mismo trabajo le habría costado lo mismo se lo han de agradecer...

Dirán sus amigos que á lo proyectado ahora seguirá algo más decisivo. Nunca. Lo que sobrevendrá serán las reales órdenes y decretos, corruptelas, costumbres y dejadeces gubernativas que mantengan lo hecho únicamente en la ley; en la práctica, todo como antes y el fraile legalizado; el jesuita concordado; Carlos III, un rey absoluto, rectificado en su poco liberalismo por nuestra flamante democracia; magnífico!

Se hará una ley que impida el aumento de monacales. ¡Pero si el mismo Papa, si los jesuitas, reconocen que hay ya demasiados!... ¡Si desean también limitarlos, porque, excesivos en número, hacen competencia al ignaciano y producen menos á Roma!...

Se concibe que D. Jaime fuese, como ha dicho, más allá que D. José; más allá habían ido los Reyes Católicos, los Felipe II, III y V; el mismo Carlos IV.

¡Lucida democracia la española del siglo XX!

JOSÉ FERRÁNDIZ

Un triunfo de la fe

Hay que rendirse á la evidencia.

Aquella fe sobrenatural que llevaba mártires por centenares á las fieras, y que hacía soportar á los creyentes los más atroces suplicios con la sonrisa en los labios, ha reverdecido lozana y exuberante en estos tiempos de incredulidad y materialismo.

Bastante me duele confesario, pero ante los hechos, hay que bajar la cabeza.

He aquí el último de que tengo noticia, y que publica *El Liberal* del sábado con este título: *Un buey en una romería*, título oscuro, porque parece dar á entender que no iban más bueyes en ella:

«En Cerverio ha ocurrido un suceso trágico.

Desde la ermita que existe en la plaza pública dirigiéndose procesionalmente á la iglesia parroquial unas 300 personas implorando el favor divino para que mejorase el tiempo, con el cual sufren gran perjuicio las cosechas.

Cuando más fervorosamente iban los fieles rezando y cantando, apareció un corpulento buey, de afluados cuernos, que escapado del establo penetró á todo correr entre las filas de los romeros.

El pánico que se produjo fué inmenso. Cesaron los rezos y los cánticos, y oyéronse gritos de socorro, lamentos de pánico y ayes de dolor.

El buey alejóse corriendo, y poco á poco fueron apareciendo algunos fieles. De los demás se ignoraba el paradero.

El suceso había tenido sensibles consecuencias.

Un anciano de ochenta y un años, llamado José Matías Basterreche, hallábase en tierra moribundo á causa de los pisotones que había sufrido.

Una mujer, Petra Gorri, luchaba por salvarse de perecer ahogada en el río, al cual se había arrojado de cabeza. Fué salvada, apreciándosele, además del remojón, contusiones de importancia.

Además hubo otros muchos heridos y contusos leves.

Los impíos sostenedores de la teoría de que la fe ha muerto en los corazones, enmudecerán seguramente ante este ejemplo de valor cristiano, y cantarán conmigo:

¡Ruja el infierno,
brame Satán!
La fe de España
no morirá,
mientras la fuerza
del carcañal
nos preste alientos
para escapar.

El ensueño roto

Novela, por N. Hernández Luquero.

Es un libro de amor, de ensueño, de poesía: los tres componentes del bien.

Al escribirse, más que iniciada por el cerebro, ha sido la pluma guiada por el corazón.

El sentimentalismo vigoroso, regenerador, que el autor propagó en sus páginas rojas, fluye de todas las páginas; es un libro de amor y de juventud, de juventud joven, que va derecha hacia el ideal desdénando los recovecos, por donde, inclinándose un poco, se llega antes.

El autor, como el protagonista de su obra, va, camino esplendente, camino soleado, adelante, y acaso también, como Aguilar, antes que á la gloria llegue al calvario.

Me es simpático este libro, porque he vivido muchas de sus páginas, porque es sincero y sentimental, y porque viene sin prólogo, confiando en su propio mérito; no podía, siendo sincero, venir de otra manera; esta puñalada asendada á la rutina, como buen espíritu rebelde, me satisface.

Sabe Hernández Luquero que tiene algo que comunicar á los buenos y á los desgraciados, y francamente lo espeta. Sin necesidad de que nadie le abra las puertas, entra porque á entrar tiene derecho; y al entrar muestra como ejecutoria su libro: trozos de vida arrancados de entre el ambiente monótono, hostil á la cultura, de un pueblo grande, con muchas torres, donde el protagonista, ácrata-místico, encuentra sólo una media docena de espíritus sanos y un sinnúmero de verdugos que, de manera artera, solapada, primero, y francamente hostil después, le rompen el ensueño, le encierran y le atormentan.

«Y Ramón no sabía si de regocijo, de pena, de remordimiento ó de qué lloró; lloró como un niño, de cara á las oscuras paredes de su encierro.»

Lloró como el Justo; más por todos que por él; lloró por el bello ensueño que se rompía, por un amor abandonado que al hacerse verbo tenía que dejar; lloró, en fin, por aquella Lucía, niña generosa, espíritu luminoso, que sería en adelante blanco de todas las miradas aviesas, pasto de todas las lenguas viperinas, objeto de todas las burlas impiadosas, soeces y malditas con que los rutinarios habitantes de estos pueblos saludan á los abnegados y á los videntes...

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo y Junio 25-1910.

La libertad para los liberales

Ocorre en España un hecho peregrino, cada día más arraigado, que tal vez no tiene igual, en importancia, en otros países. Los liberales españoles— todos los hombres de ideas modernas ó avanzadas luchan por la libertad y alcanzan privilegios á ellas inherentes, para que los usufructúen los reaccionarios en la mayor y más buena parte. El milagro se realiza siempre, aunque no se sepa cómo ni por qué; las libertades— las que se consiguen poco á poco— y los derechos que se conceden á los ciudadanos luego de las grandes propagandas, son en casi todos los casos para aquel elemento que se opuso tenazmente á la concesión y á la conquista de ciertos privilegios. Y fuera de determi-

nadas circunstancias, aquellas en que los hombres de espíritu avanzado parecen resucitar, remozarse y luchan con fervor, son los reaccionarios los únicos que gozan las conquistas y sacan partido de ellas. Quizás por eso, al iniciarse una lucha nueva, asimilada a la reacción, lo que a ésta le conviene de las libertades, hay que partir siempre de una misma base, de un mismo punto: el deslinde de campos.

Esto no puede ni debe ser. Alguien ha dicho que la libertad debe ser para los liberales y la reacción para los reaccionarios, y nada más justo. Por lo menos, ya que otra cosa no se consiga, los liberales podrán andar más desembarazadamente, y los reaccionarios, tan gustosos de sus ideales, podrán ser felices al vivir en un régimen creado para ellos solos, en su Arcadia venturosa. La libertad, para los liberales nada más, para aquellos que por ella dieron su sangre y la amaron siempre. Y si para eso es menester olvidarse de los dogmas de la democracia, mucho mejor. El despotismo puede, debe, es preciso que exista, si es necesario, cuando tiene por base el espíritu liberal. Porque la democracia no autoriza a un reaccionario para que aproveche sus privilegios para aniquilarla, para estacionarla y petrificarla. Si hasta aquí los liberales se han contentado con luchar y dar su sangre para que los reaccionarios gozaran del triunfo en su mejor parte, en lo sucesivo los liberales deberán ser egoístas y no compartir el botín de la victoria con sus enemigos jurados.

Lo que ocurre ahora con el pleito religioso puede servir de norma de conducta para los liberales en lo porvenir. Los católicos, ó, por mejor decir, los clericales, se oponen a que cada individuo profese la religión que más le plazca. Pues hay que reformar la democracia en ese sentido, en la de que sólo sea democracia para los democratas, y tenga todos los atractivos de la reacción para los reaccionarios. Con eso basta para que cada uno sea dichoso a medida de su deseo. Libertad para los que la aman, luchan por ella y dan su sangre por conseguirla. Reacción, despotismo, régimen de tiranía, para aquellos que aman, luchan y quieren dar su sangre por la tiranía, el despotismo y la reacción. Así, siempre, a todas horas, los campos estarán bien definidos, y existirá una base sólida para que los liberales avancen y los reaccionarios retrocedan todo lo que quieran. Cada uno que viva con sus amores.

GUSTAVO

Bien dicho

Trozo de un artículo de Ferrándiz:

«He dicho la palabra saquear: lo que hay debajo de la presente agitación y de todas, no es más que dinero. El Papa, liada la manta a la tierra, cínicamente, nos dice:

«El cristianismo, sin oro y sin espada, no puede vivir; eso de la asistencia divina providente, falso. Yo necesito dominar. Los frailes son mi ejército; el Evangelio, con su mansedumbre, una antigüalla; dinero, dinero; y para procurarlo, medios humanos, intrigas, embuste, calumnia, promover divisiones, arrastrarse ante el fuerte como el kai-

ser, y patear al débil como España, porque allí creo contar con una taifa de idiotas sanguinarios, que salgan al campo en mi defensa.»

He ahí todo.»

Una sentencia del Tribunal Supremo contra la patria potestad

Desde el momento en que es el Tribunal Supremo el autor de la sentencia, el hecho no ocurre en un pueblo, ni en una provincia, sino en España toda.

La sentencia parece llevar la fecha de 8 de Mayo de 1909, condenando a cárcel a un padre que enterró en el cementerio civil a un hijo suyo que había sido bautizado a espaldas y sin consentimiento del padre.

La doctrina del Tribunal Supremo no puede ser más peregrina; huele a cráneos de aquellos primeros concilios de los godos. Por esta sentencia, queda desposeído de su potestad el padre en la *nación católica* y volvemos a aquellos tiempos en que los cristianos podían bautizar furtivamente los hijos de los judíos, haciéndose con sólo esto dueños de las criaturas, que eran arrebatadas a la familia para salvarlas del peligro de ser pervertidas.

Esta sentencia del Tribunal Supremo resuelve dogmáticamente la validez del bautismo de los infantes que los teólogos de otros tiempos discutieron. La religión, según esto, deja de ser un acto personal para pasar a ser una fatalidad, como la tña y la tuberculosis.

Ya no es el padre el único representante de la personalidad del hijo menor ni su tutor legítimo; el disidente puede ser despojado de esta tutela y de esta patria potestad. El ciudadano español es *católico por fuerza* y sin conocimiento suyo por haber sido tatuado en el bautismo antes de saber lo que era el bautismo y lo que era él; y además lo es contra la voluntad de sus padres, ya que cualquiera puede echar un jarro de agua sobre el hijo ajeno haciendo verdadero bautismo.

Y por esta mojadura sagrada, la señora Iglesia queda en posesión del alma y del cuerpo del bautizado; tal es la doctrina de nuestro primer tribunal, que anda a bofetada limpia con el derecho de gentes y con el derecho natural.

¿Dónde está el respeto a la conciencia? ¿Dónde el respeto a la humanidad?

En ese encarcelamiento de un padre desposeído del derecho sobre el hijo, hay algo tan monstruoso como lo más monstruoso de todas las monstruosidades. En vez de perseguir y castigar al párroco que bautizó al hijo contra la voluntad de éste y contra la de su padre, por usurpar una autoridad de que carecía, castígase al víctima de este atentado.

La Iglesia queda autorizada, con esta sentencia, para hurtar los hijos a los disidentes.

¿De dónde sacará el Tribunal que el hijo salga beneficiado con tal bautismo? Que lo sostenga un fraile botarate, puede pasar; pero que lo afirmen desde la cumbre de la ciencia jurídica nuestros magistrados, es cosa sorprendente y admirable.

Esto demuestra la urgente necesidad

de acabar con el artículo 11 de la Constitución. Una Iglesia que establece tales doctrinas, no cabe en el derecho moderno; pertenece a los godos y a ellos debe volver y con ellos debe ser enterrada.

Cónstele al gobierno demócrata: *En España los infantes pueden ser bautizados contra la voluntad de sus padres, y con esto pierden la tutela del padre y éste queda despojado de la patria potestad en uno de sus radicales derechos.*

A los industriales y comerciantes

Explotar a los pobres obreros... Robar a la Hacienda...

He aquí lo que hacen las monjas trinitarias de Santander, según refiere en *El Cantábrico* el señor A. C. F.

«Regularmente se compone la Comunidad de ocho ó diez monjitas con su superiora, que tienen a su servicio treinta ó cuarenta chicas mayorcitas; no se admiten de quince años para abajo, pues éstas no harían lo que las otras.

Para ingresar abonan 30 duros como pago de lo que puedan aprender y tienen el sueldo según sus aptitudes: a la que sabe mucho le pagan con 11 ó 12 reales... a la semana, y a la que sabe menos... menos: no le pagan nada.

Lo que digo es verídico y yo mismo me asombro de que la Junta de Reformas Sociales no haga nada ó no pueda, para evitar tan vil explotación.

Como quiera que la materia *prima* la tienen gratis, acaparan el trabajo de la capital, llevándose *entera* la labor que en ella pueda haber; y como confirmación de lo que expongo, pregúntese a las modistas, bordadoras, etc., y ellas os contestarán cumplidamente; y así se da el caso de que a éstas, al solicitar trabajo de las tiendas de ropa blanca, les digan que las monjitas lo hacen más barato.

Como la competencia es ruinosa para las pobres chicas, no les queda más remedio que morirse de necesidad ó ir a la calle por las noches... en la firme persuasión de que luego las monjitas las recogerán con cristiana solicitud. ¡Qué horror!

No ha mucho, las labores se pagaban más que ahora; pero no es posible hacer un trabajo que vale 0'40 pesetas, la vara, por 0'15 pesetas, que cobran las monjas Trinitarias, y este trabajo a que me refiero es el llamado *festón*.

Como este detalle, pudiera contar muchos, pero sería demasiado largo y cantaría sobremanera los beneficios de esa orden religiosa.

Tuve necesidad de hacerme unas tarjetas de visita, y recomendándome varios amigos que las encargase a la casa a que me refiero, así lo hice, llevándome por el trabajo de un ciento 0'50 pesetas.

¿Qué decís de esto, industriales y comerciantes?

Si no carecéis por completo del instinto de conservación, impedid que vuestras mujeres y vuestras hijas formen parte de esas mascaradas que se exhiben hoy en el carnaval de la fe.

FILOSOFÍAS CONSERVADORAS DE "AZORIN"

...Antaño leí algunos escritos de Azorín. Túvele por uno de tantos engarzadores de palabras, sin más finalidad que la de hacer artículos, y por eso suspendí su lectura para continuarla cuando tuviese una renta de mil libras que me permitiese matar el tiempo.

Tanto ha sido, sin embargo, el ruido que el bravo escritor metió en estos últimos tiempos haciéndose el San Bernardo de la Cruzada contra los librepensadores, que hice ánimo de leer algo.

Tuve la dicha de realizar este pecaminoso propósito, viniendo á mis manos un número del diario en que magistraliza el ya famoso doctor, y que traía su artículo, seguramente el más sustancial, de una serie sobre el *Tradicionalismo positivista*.

Mucho título me pareció éste para un periódico de monos, y leí, y medité, y he aquí los comentarios.

El primer descubrimiento que hice fué el de encontrar el tipo ideal de Azorín: él nos lo dice queriendo ó sin querer: es el «gran pensador católico Fernando Brunetiere», quien, dicho sea de paso con permiso de Azorín, ni fué católico, ni fué pensador, ni fué mayormente grande, por más que afirmen lo contrario las damas que escucharon sin entenderle la conferencia que el literato francés dió en el Teatro Lírico de Madrid.

Pero entre Azorín y Brunetiere hay una diferencia, ventajosa en favor de nuestro «gran pensador católico», ó sea, que si el francés proclamó la bancarrota moral de la ciencia, apoyándose en el débil puntal de Scherer y otros del propio tamaño: «una moral sin fundamento religioso es nada», nuestro Azorín hace lo contrario: invoca la ciencia moderna como fundamento de su *tradicionalismo político*, aduciendo como prueba la autoridad de Augusto Comte y de Renato Quinton.

Falta les hace á los conservadores españoles una especie de filosofía que sosiegue sus conciencias asaz turbadas, y hacen bien en escarbar las ciencias para recoger algún guijarro que puedan lanzar á la frente de los contrarios.

Azorín, gastando tiempo y papel innecesarios, se lanza á grandes disquisiciones para probarnos en resumen que la ejecución de Ferrer, el terrorismo conservador, lo del Monte de Piedad de Jerez, lo de las Azucareras, lo de la Escuela, lo de la guerra del Rif y demás «glorias» del partido conservador, son hechos de la sabia Lógica, derivados, no del capricho, sino de las mismísimas raíces de la Biología elemental. Para llegar á esta conclusión perogrullesca, se cala el gorro aristotélico, y ahí nos sale hecho todo un maestro.

¡Claro, clarísimo, admirable doctor! nada hay en el mundo que escape á las leyes fundamentales de la biología, de la biofísica y de la bioquímica. La locura, el crimen, el capricho, la sinrazón, el asco, la desvergüenza y hasta el afán de buscar filosofías trapaceras, todo es arraigado en aquellas raíces, como también lo están los hechos contrarios. Y para tal viaje, no necesitamos las al-

forjas de Comte. Con todo, para que no me acuse de mutilador de su discurso, helo aquí expuesto con extensión suficiente, en su propio lenguaje pleonástico:

René Quinton («biólogo moderno distinguidísimo» aunque no lo dijera Azorín), según dice Azorín, dijo:

«PARECE SER que la evolución vital no debe ser mirada y presentada como un cambio continuo, sino como una resistencia de la vida en conservar á través de las mil vicisitudes del tiempo, las condiciones prácticas en que se produjera.» De modo que «la ley esencial de la naturaleza, no es el cambio, sino la constancia.»

Esta perspectiva biológica, aplicala nuestro filósofo al caso concreto del tradicionalismo español, mediante estos juegos de lógica malabar:

«El tradicionalismo positivista—nos dice—está constituido por el conjunto de instituciones, de ideas, de sentimientos, que á través de los siglos han demostrado su vitalidad positiva y su fecundidad.» Esto, más bien que el *tradicionalismo* constituye la *tradicción*, lo cual demuestra que Azorín anda ligero de gramática. El *ismo* añade al sustantivo del cual es desinencia, la idea de *sistematismo* de escuela, partido, ó lo que sea.

Esta frivolidad gramatical puede constituir un grave error filosófico-positivista, ya que es confusión no menuda la de identificar la cosa en sí, con el modo de considerarla el partido, escuela ó lo que sea. El gramático Brunetiere no habría incurrido en tal ligereza, á no ser que se hubiese propuesto embaucar á sus lectores.

Y continúa escribiendo el escritor:

«Si hay algo de permanente, de estable, de eternamente fecundo en un país, todo ello tendrá su vida y su ser, porque se conforma á las inflexibles leyes de ciertos factores, de ciertos elementos, de la esencia misma de ese pueblo.»

«Un partido conservador habrá de recoger en su programa ese algo esencial y fundamental: no podrá menos de hacerlo así, y al hacerlo, procederá, no por puro y caprichoso romanticismo, sino con arreglo al más lógico y riguroso espíritu científico.»

«En cada fenómeno social, los antecesores participan en él tanto como los contemporáneos.»

Es decir: la ley de la constancia térmica y salina en la vida elemental, madre directa de la constancia política y de todas las derivadas.

Lo primero que se ve en este notabilísimo discurso es que mintió Brunetiere y que miró y consideró mal la ciencia al cantarle las cuarenta de la Bancarrota, toda vez que Azorín descubre en ella la base perfecta de su sistema mauro-canalista.

Lo segundo es una serie de falsas suposiciones, á saber: eso de permanencia, estabilidad, fecundidad eterna... todo lo cual son espejismos y visiones del azorado Azorín, que se olvida de la ley fundamental de aquel gran biólogo llamado Horacio:

«omnia nata pereunt»

que en romance significa: todo lo que nace muere.

Y esta ley es aplicable por igual al biometalismo, que á la bio-astronomía, que á la biostática y á la biodinámica,

En una palabra: que esa permanencia y estabilidad y fecundidad, son limitadas y relativas: nacieron en un tiempo y desaparecen en otro tiempo, siguiendo la parábola vital: *nacer, crecer, envejecer y morir*; hombres, instituciones, ideas y sentimientos. Una estatua de bronce parece eterna y permanente á los hombres; el hombre, con sus ochenta años de longevidad, parece eterno é inmutable al gato y al perro de vida de diez á veinte años; el gato parece eterno á la mosca, y la mosca parece eterna al ser de vida más corta. Es cuestión de perspectiva. El dominio conservador se hace un soplo para Azorín, que va bien en el machito; á los de Montjuich se les hacía cada hora un siglo.

Quedamos en que las suposiciones de Azorín son simples visiones de un conservador; es la visión de los judíos de su Jerusalén eterna, y la visión del Papa de la Roma inmortal.

Pero además, Azorín parece olvidar aquella otra ley biológica: la vida es el resultado de la combinación entre el medio interno y el medio externo de los seres; y en ambos medios influye irresistiblemente el Tiempo, ese gran factor que no consiente un momento de reposo ni al astro ni al átomo, y que agita el universo en el conjunto y en el detalle. Este Tiempo es el que encierra la medida de las formas durables de las cosas y el que hace hoy infecundo lo que ayer fué fecundísimo, como hace fecundo á lo que ayer parecía estéril.

Y he aquí el error práctico de Azorín: confundir la fecundidad y vitalidad de las cosas en el tiempo de su juventud con la impotencia y esterilidad de la vejez. Y las «instituciones é ideas» envejecen no menos que las personas, y al llegar á viejas chochean, siéndoles inútil la lucha por remozarse: podrán ser sátiros, pero no podrán ser padres.

Y he aquí la bancarrota del *tradicionalismo positivista*: confundir la constancia del movimiento y de la evolución con la constancia de la estabilidad: confundir lo que Quinton llama perspectiva ó modo de mirar las cosas, con el modo de ser de ellas en lo intrínseco. Mejor dicho: llamando materia ó substancia á eso que Azorín llama esencia de los pueblos, de los individuos ó de lo que sea, y llamando energía al movimiento universal á que les somete el tiempo, tendremos como ley primordial y prioelemental la de la constancia del movimiento y de su derivada inmediata la evolución forzosa, como causa de todas las constancias individuales.

Veamos, por último, otro gran error de aplicación de estas doctrinas.

El partido conservador español, ó sea el defensor del conjunto de ideas é instituciones tradicionales, que, no por haber vivido dos, cuatro ó veinte siglos en su tiempo, demuestra con ello la virtualidad perenne en otros tiempos; ese partido tiene como característica de sus instituciones el privilegio de unos sobre otros, es decir, que su vida política, social y económica se nutre á expensas de las clases subyugadas. He aquí una vitalidad mortífera y una perennidad como la de la peste y la del cáncer.

Aplicando la ley, no de la constancia, sino de resistencia á perder las ventajas adquiridas, la lucha que debe establecerse será la que media entre el en-

tozoos parasitario y el que lo padece. Las clases conservadoras luchan por una forma de vida mejor; pero las clases subyugadas luchan por la vida esencial.

Y si el partido conservador luchara por la supremacía política, los otros partidos lucharán por la existencia, encerrada en la vida económica, acosada por la voraz rapacidad conservadora, y por la vida esencial política destruida por el caciquismo.

La pretendida ley de constancia, declara la justicia de la lucha del pueblo que batalla por un bien mayor y anterior, más *perenne* y más *vital*, y acusa de injusticia la chocha y terca tenacidad de las clases privilegiadas que ponen su comodidad sobre la vida del pueblo. Y así mismo la ley de evolución declara que la eternidad y estabilidad conservadoras, son fantasías de... engarzadores de palabras.

Este es el positivismo absoluto.

Perdone el pequeño filósofo Azorín la dureza de esta crítica, primera y última; era preciso demostrar la vaciedad de sus teorías para no crear reputaciones falsas. Esto queda hecho; pero estos asuntos son empalagosos para el público, del cual no es lícito abusar.

Es ley de prudencia biológica y de discreción positivista.

S. PEY ORDEIX

¡Gracioso! ¡Graciosísimo!

Me refiero á dos cosas: al estilo del suelto que reproduzco y á la ocurrencia que relata. Fijense mis lectores:

«*Cobardes, traidores y ladrones*. Siguen los masones apostando á España con la indignación de unas impías *Hojitas* que ellos llaman por intrínsecas piadosas para poder escamotear y timar al público católico.

Nosotros hemos visto la 1.^a, 2.^a y 3.^a *Hojitas* que queman las manos y es preciso desinfectarlas y cogerlas con pinzas. Pero, cobardes y traidores, como son los impíos que ni estampán su firma al pie de sus escritos, ni luchan con franqueza y nobleza al entrar de matute su podrido contrabando, añaden ahora la estafa para conseguir sus fines.

Varios amigos nuestros han recibido por correo interior esas malditas *Hojitas* sin el franqueo de los sellos, y al tenerlas en correos, se obliga á los interesados, que no saben de qué se trata, á pagar diez céntimos por cada *Hojita*. ¿Es esto noble? ¿Es digno? ¿Canallas estafantes!

Llamamos la atención de las autoridades para que pongan remedio á esta estafa tan perjudicial á los ciudadanos.»

¡Ja, ja, ja! ¡Qué furioso está el papeliño ese de Castellón! No sabe ya ni lo que se rebuzna.

Pero lo más gracioso es lo otro: lo de enviar sin sello las *Hojitas* á los clericales, para hacerles gastar diez céntimos. Mi aplauso al primero que se le ha ocurrido. Por tres razones:

1.^a Porque así se contribuye á que aumenten los ingresos al Tesoro en el ramo de efectos timbrados.

2.^a Porque se evita que apliquen los clericales esos diez céntimos á negocios usurarios, como por ejemplo; á pagar

un responso con el propósito de que le devuelvan allá arriba un millón en bien aventuranza eterna. Y

3.^a Porque de este modo no pueden depositarlos en la hucha donde van reuniendo los ahorrillos que dedican al cebo del ganado frailuno.

Confío en que esta buena ocurrencia de algún amigo de Castellón será imitada por todos los de España; el dinero es agente poderoso del pecado, y, por lo tanto, realiza acción cristiana el que lo arranca de manos pecadoras.

Y ya que tengo las impecables mías medidas en harina de propaganda, recordaré á aquellos de mis lectores que quieran hacerla por poco dinero, que les basta meter una *Hojita* en un sobre, y por un cuarto de céntimo enviarla á cualquier punto de España donde sepan que existe una persona necesitada de sanas lecturas para fortalecer su espíritu, á fin de ponerlo en condiciones de luchar denodado por los fueros de la verdad y del sentido común.

Los curatos

...Y pasaban años y años, y quince años y décadas, y continuaban vacantes los curatos de la diócesis de Granada, como ocurre en tantas otras.

Y por fin en la segunda quincena de Noviembre del 1909 de nuestra era, celebráronse las antidiluvianas oposiciones.

Y acudieron numerosísimos sacerdotes, que hicieron los ejercicios y quedaron esperando plaza.

Y desde entonces acá, aunque ha llovido, nada se ha resuelto.

Y mientras tanto, los curatos vacantes importan miles y miles pesetas que se apropia el caballero arzobispo.

Y multitud de sacerdotes acuden á la prensa con sus lamentaciones.

Y El Motín pide al gobierno que meta en cintura á ese obispo, como á todos aquellos que no cumplan con su deber en este punto concreto de los ochavos, en la seguridad de que, dándoles ahí, en el corazón, los verá pronto convertidos en mansos corderos.

Mas ¡y!, desconfío de que el gobierno me dé ese gusto. Mientras haya ministros que confiesen y comulguen, el clero hará en España su santísima voluntad.

Imparcialidad

Un periódico clerical dice, defendiendo á los frailes:

«Además, cuantos más sean los conventos en una población no aumentan los consumidores, y ganan la agricultura, artes y comercio?»

Tiene razón en parte ese periódico, y en parte no.

Aumentan los consumidores, cierto es; pero los consumidores que nada producen.

En cambio, es falso que la agricultura gane; por lo menos hasta el día que se labre con yuntas de frailes.

Las artes tampoco medran; las llamadas liberales, se entiende. Las otras, las maías artes, éstas sí prosperan.

Y no hablo del comercio, por no atreverme á dar ese nombre á la bisutería mística que se desarrolla á la sombra de un convento, y á los trapos viejos que emplean en los escapularios.

Creo que después de estas justas y atinadas observaciones, nadie dudará que le doy siempre la razón á quien la tiene, aunque pertenezca á la clase más abyecta y despreciable, como es la clerical.

¿ARREPENTIMIENTO? ¿HIPOCRESÍA?

«Decían los telegramas de Madrid:

«En la iglesia de los Redentoristas viene celebrándose una novena dedicada á San Antonio. A todas las funciones asiste el Sr. Maura, vestido de negro, llevando cirio y escapulario colgado al pecho.

El padre redentorista, desde el púlpito, se desata en toda clase de denuestos contra los liberales. Hablando del señor Canalejas ha dicho que los gobernantes son una taifa de hombres sin honor que reniegan de sus madres y prostituyen á sus esposas, ofendiendo á la religión cristiana.

Sólo un nombre, proseguía el fraile, merece nuestro respeto y adhesión. Y señalando al Sr. Maura, añadía:—Ahí lo tenéis; de rodillas ante el altar, humilde y prestando acatamiento á los mandatos de la Iglesia. Maura entonces inclinaba la cabeza en señal de asentimiento y como agradeciendo las frases del fraile.»

Da que pensar seriamente el caso de ver á Maura, en quien se supone talento, convertido en paleta devoto asistiendo con su presencia y movimientos afirmativos de cabeza, á las salidas de tono que contra la libertad y los hombres del Gobierno suelta desde la cátedra del Espíritu Santo un fraile barba-rizante.

Acaso Dios habrá tocado en el corazón al funesto político, que arrepentido de sus tremendos errores como gobernante, de sus atrocidades como político, busca en el seno de la Iglesia lenitivo á los remordimientos que le atenacean el alma, perdón en la otra vida de la sangre por su culpa derramada.

¿Es que la sombra de Ferrer se alza de los fosos de Montjuich é impulsa á Maura, cual á histórica criatura, á ese misticismo en que suelen caer los grandes pecadores? ¿Será devoción sincera la que siente el hombre de las sangrientas jornadas de inquisitorial persecución que siguieron á la protesta de Julio de 1909? Durante mucho tiempo la Iglesia gozó del derecho de asilo y en ella buscaban refugio y amparo los criminales más empedernidos.

¿Será la devoción de Maura hipocresía pura, añagaza para la recruta de adeptos, la base de un nuevo partido católico-conservador, en el que se amalgaman todos los odios, todos los rencores, todos los arranques epilépticos de

enemistad hacia la Libertad y el Progreso? Nos inclinamos por la afirmativa.

Es Maura lo suficientemente orgulloso, le escarabajea en el alma lo suficiente el deseo de venganza por su ignominioso despido del Poder, entre el aborrecimiento del mundo culto y la odiosidad de España, para que no intente formar cuadrilla, aunque sea entre los familiares honorarios del Santo Oficio. Es un caso de cuidado esa devoción tan ostensible del jefe de los conservadores.

Por vengar su amor propio humillado sería capaz el Sr. Maura de aliarse hasta con aquellos que acaso intentarían provocar una nueva guerra civil.

EL PUEBLO (Valencia).

Joven prudente

Un joven llamado Germán Brage, fué al cementerio de Carranza á pintar la sepultura de una hermana suya.

Al llegar vió la llave en la puerta, y abrió, suponiendo que habría dentro alguien.

Desparramó la mirada por todas partes, y no viendo á nadie, se puso á pintar la sepultura.

Apenas había comenzado, surge el *parroquialismo* Maseda, y sin darle tiempo á explicarse, la emprende con él á bofetadas y patadas, diciéndole á la vez á un criado que le llevase un revolver.

¿Revolver, y en mano de presbítero cerril? Oírlo el joven y dar un salto y salvar la tapia, fué todo uno.

¿Cura, y furioso, y con un revolver, y quizá borracho, y en un cementerio?

Pudo haberlo herido, confesado, viaticado, rematado y enterrado, todo en cinco minutos y en siete palmos de terreno.

Por eso llamo prudente al joven que huyó.

El "cives romanus"

y el primado de Toledo

El rival del primado de Tarragona háse metido á sostener polémica pública con el gobierno sobre su derecho á publicar la conocida carta de que tienen noticia nuestros lectores.

Hácelo por medio de un escrito dirigido á los Efesios, publicado en uno de los *pasquines* oficiosos; y entre otras episcopalerías de menor cuantía, sirve al público dos eminentísimas.

La primera es la invocación del derecho de todos los españoles á publicar lo que gusten sin previa censura, invocando el *cives romanus sum*: «soy ciudadano romano», arma socorrida de los clericales cuando llevan la peor parte.

A esto debemos contestar que el obispo español no es un ciudadano, sino un tipo peculiar, sin estado civil y sin sexo legal. Además todos los ciudadanos están sometidos á la censura posterior; el obispo no; es inviolable en sus injurias, calumnias y anatemas pastorales.

Es decir, unas veces por defecto y

otras por exceso, siempre está fuera del derecho común. Finalmente, se hace ciudadano-español á la hora de cobrar, y se hace ciudadano pontificio á la hora de cumplir los deberes supremos de la ciudadanía; y si se les somete á ellos, los obispos se dan como vejados y chillan como oprimidos. Cuando se somete al derecho común de los nacionales, podrá invocar el «soy ciudadano»; mientras no lo haga, su invocación será una argucia y una salida de jesuita, tan pronto fraile, tan pronto clérigo, tan pronto nacional, tan pronto extranjero, para explotarlos y deshonrarlos á todos. Y pregunta además el fraile:

«¿Qué sería de maravillar si los obispos informásemos que para atender á las necesidades espirituales de los fieles son necesarias todas las Comunidades hoy existentes y en la forma en que hoy existen: si los obispos españoles sirviésemos á la voluntad nacional y nos hiciéramos eco de la aspiración vehemente de la inmensa mayoría de los españoles?...»

Es cierto; nada tendría de maravilloso tratándose de obispos. Necedal acusó al obispo de Oviedo de injuriador y de irreverente con su padre; hay quien habla de tapices vendidos, de procesos enterrados, de andanzas poco ejemplares, de homosexuales, de millones desaparecidos... y hay quien cuenta ciertas cosazas de un cierto arzobispo de Burgos y de un cierto general franciscano, las cuales cosazas son gordas y largas, tanto, que llegan á Roma. ¿Qué podrá maravillarnos de tales «ciudadanos»?

Ya sabemos que los obispos españoles profesan la nueva fe de creer que Roma hace siempre lo mejor; fe herética contra la fe de la Iglesia española; fe antipatriótica; fe que condenaría como anarquista los Cisneros y Mendozas, los Ildefonsos y Villanuevas, que dan á fray Aguirre cien y raya en instrucción, ejemplaridad, celo religioso y patriotismo.

Estos obispos *cismáticos* de la Iglesia española, sucesores, no de sus antecesores nacionales, sino de los Sforzas, Médicis, Borjas y demás obispos romanos, bailan como el cardenal della *Scimia* (de la Mona), al son que el Papa toca, y dirán cuanto á éste se le antoje.

Pero si esa pregunta es sinónima de una afirmación, responderemos que es falso que los obispos y que la mayoría de los fieles piensen lo que insidiosamente insinúa el cardenal. La prueba terminante la tiene el primado en la revista que de los sucesos de la Semana Trágica hizo el testigo presencial padre Amado Ruiz, jesuita, certificando que todos los católicos sin excepción celebraban la quema de conventos, confesando que «realmente eran excesivos». Otra respuesta la tiene en la protesta que contra la invasión de las Ordenes religiosas ha presentado á su obispo el clero parroquial de Madrid, al cual se suma espiritualmente todo el de España, que espera como lluvia de Mayo la desaparición de esta peste. Lo dicen unos de otros los mismos frailes, que reconocen, no sólo la innecesidad, sino la *nocuidad* de los rivales. Lo dicen, en fin, en sus tertulias los obispos todos, que echarán á vuelo las campanas y los capisayos el día que el Estado libre sus diócesis de tales piojos espirituales.

Y en cuanto á eso de la *mayoría de los españoles*, por desgracia del primado

sabe él que es una filfa y nosotros también.

España no es católica, y menos romana, y menos monacal; presente si no el primado el *censo* de bulas de Cruzada y de cumplimiento pascual. Lo demás del bautizo, boda y entierro, no se hace para cumplir con la Iglesia, sino para cumplir con la MODA.

Es moda bautizarse en la Iglesia, y luego despreciarla, odiarla y huir de ella como de la mala sombra. Salvo los currutacos y currutacas.

¿Estamos, eminentísimo padre?

La ganzúa del fraile

(Conclusión)

Doña Teresa salió de puntillas al pasillo, y parándose ante una puerta miró por el ojo de la cerradura. Vió que su esposo se paseaba agitado dentro de su despacho, dando señales de la más viva contrariedad.

Rápida se dirigió á su tocador, se desahogó de su vestido, se puso una bata de amplísimos pliegues, se atusó el cabello, hizo funcionar el pulverizador del perfume, y se dirigió al despacho, entrando sin llamar.

—¿Qué quieres? ¡Déjame en paz! Consíguiréis que os aborrezca...

Doña Teresa con zalamería:

—Pero, hijo, por María Santísima, no te pongas así. Cualquiera diría que ha pasado una cosa del otro mundo.

—¿Te parece poco? Vais por muy mal camino, Teresa; tú y la niña, y la niña y tú. Acabarás por ser una beata sucia y antipática, subyugada á los curas, y nuestra hija una niña histérica inaguantable, si es que no acaba en un convento entre solteronas desesperadas que se casan con Dios porque no han podido hacerlo con los hombres.

—¡Jesús! ¡Qué disparates dices! Ya sabes que yo no he sido nunca ninguna traga santos ni...

—Pues llévas camino de serlo,

—No lo creas. Soy una buena cristiana, y nada más; como madre y católica debo dar buen ejemplo á mi hija y eso es todo. Todas tus montañas no son más que un grano de arena. Así es el mundo. (Hace que se conmueve). Si yo fuera una casquivana, una coqueta, una mala mujer, como hay infinitas, quizá no sabrías donde ponerme, y en cambio (llorígena), yo que no tengo más cariño que el tuyo, que daría mi vida por tí y por nuestra hija, que soy una esposa y una madre modelo, me veo despreciada, humillada hasta delante de la criada por el mismo que debía ser mi amparo y mi consuelo. A pesar de todo, no te tengo odios: te quiero demasiado para poder llegar á olvidarte.

—¿Por qué te empeñas en que no seamos felices?

—¿Yo? Si no tengo otro ideal que darte gusto, esposo mío.

—¿De verdad?

—¿Lo dudas?

—Lo dudo y no lo dudo—rodea su cintura con el brazo izquierdo y con el derecho atrae hacia su cara el rostro de su esposa, que finge languidez y abandono.—Quisiera verte más unida á mí, menos ocupada en las cosas de Iglesia: vela por nuestra hija para que no se

descarríe en la falsa ruta de un misticismo tonto y...

—¡Pobrecita!—mirándole con pasión. —¡Buen disgusto la has dado! ¿Qué dirá D.^a Julia? ¿Con qué cara se presentará más la pobrecita ante los Padres? Y eso que tú aprobaste su plan, le diste tu permiso; creeme, te lo juro, es cierto.

El esposo procurando separarse: —Eso no es verdad: yo me acordaría. ¿Tú sabes lo que son tres mil pesetas? Pues son el pan de nuestra casa durante cuatro meses. ¡De ningún modo! Si los frailes no tienen custodia que se pasen sin ella. Yo también carezco de muchos cachivaches y...

—Calla, tontín, qué te quieres hacer el malo; y no lo eres, ni has sido nunca tacaño. (Acariciándole el bigote). Ven, aquí, fierecilla; ¿no comprendes tú que en el mundo hay que vivir bien con todos? La niña vió lo que hacían las de Olmedillo, las de Burrá, D.^a Julia, y noblemente orgullosa, como su padre, quiso tener un rasgo que las dejase humilladas, y por eso se ofreció á completar el pago de la custodia. No se habló de otra cosa entre las congregantes y en el convento de los Padres durante un mes, y ahora, por una terquedad tuya, vamos á salir diciendo: «¡Eh, señores! Que no hay nada de lo dicho: que el jefe de la familia no quiere: que nos arruinamos por tres mil pesetas: que antes que soltar los cuartos preferimos morir envueltos en el ridículo y en la chacota de todo Madrid.» ¿Qué te parece? ¿Es esto lo que nos quieres? ¿Lo que me quieres á mí? Porque yo no sobrevivo á esta vergüenza, ni la niña tampoco: nos matará el disgusto, y mañana mismo nos vamos las dos á casa de los abuelos, y quédate tú aquí para dar la cara, (le manosea el rostro), esa cara que me hacía sufrir tanto de novia, con sus ojazos negros, su sonrisa pícarosca y sus bigotes largos y encrespados, (se los retuerce con vehemencia), que me hacían cosquillas en las mejillas cuando te despedías, (el lazo que cerraba la bata se afloja; el severo esposo siente correr por sus espaldas escalofríos, sus manos tiemblan, sus ojos se adormecen), y me tenías toda la noche en vela esperando á que saliera el sol y volviera á ver tu carilla tan amada por mí. Hoy todo ha concluido ya, (le besa), me desprecias, quizás me odias, y ya... (murmura á su oído palabras ininteligibles). ¿No es verdad?

El, mirándola con pasión, atolondrado, sintiendo la garra de la lujuria que escarba en sus entrañas:

—No, no lo es, Teresa mía, bien lo sabes tú... No, no te vayas á casa de los abuelos, porque te necesito, porque quiero que estés á mi lado, porque lo exijo... No sufras, tontina; haz lo que yo te digo; así tendremos paz, seremos felices y...

—¿Nos darás las tres mil pesetas? No por los padres, sino por nuestro prestigio... (Comiéndoselo con los ojos.)

El, loco ya, y mezclando las palabras con un ardiente mordisco en el cuello de D.^a Teresa:

—Sí, tres mil, cuatro mil. Todo lo que quieras... Teresa mía, mi amor, mi consuelo...

A la media hora D.^a Teresa reaparece en el comedor donde cuchichean María y Petra. La hija con ansiedad y angustia:

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis reñi-

do?... ¡Estás tan agitada! ¡Pobre mamita!

—No, hija mía; es que tu padre es duro de cabeza como un aragonés y cuesta un triunfo el convencerle; pero, ven, abrázame: puedes contar con las tres mil pesetas.

María besando á su madre con efusión:

—¡Ay, que alegría! Van á reventar las de Olmedillo, y el P. Tomé se volverá loco de contento. Ven, toma un beso, y dos, y tres, y mil... Pero, ¿cómo te has valido para convencer á papá? No me lo explico. ¡Estaba tan obcecado!

—Es un modo muy sencillo, (mirando á la criada Petra con malicia): con la ganancia del fraile.

—¿Y que es eso, mamá?

La criada se rie á carcajadas.

Doña Teresa risueña:

—Ya lo sabrás con el tiempo: con esta llave no hay cerradura de caja que se resista.

María se encoge de hombros como diciendo: «No lo entiendo.»

—Anda, escribe á D.^a Julia que ya puede contar con eso.

—¡Gracias á Dios! Vaya un chasco para las de Olmedillo...

FRAY GERUNDIO

El ejemplo

En la Hermandad del Santísimo, establecida en la parroquia de San Antonio (Cádiz), se ha descubierto un desfalco. Faltan crecidas sumas en metálico y una lámina de 50.000 pesetas.

Recientemente fué víctima de otro desfalco la Hermandad del Cristo de la Columna, establecida en la misma parroquia.

Como han visto los clericales de la provincia, que por lo del Monte de Piedad de Jerez no han llevado ningún clerical á la cárcel, se les han alargado las uñitas y se llevan por delante todo lo que encuentran.

De todo esto tiene gran culpa Cristo, por haber perdonado al ladrón aquel.

Mitin fracasado

«El día 29 del pasado se celebró en la villa de Gondomar un mitin contra las escuelas laicas, organizado por los párrocos del Valle Miñor y gente de sus ideas, que no es mucha.

A las cuatro del referido día, aprovechando la salida de la gente de la feria y para que no se marchase, se situó en la plaza una banda de música, con objeto de que se reuniese el mayor número posible de personas, pues allí, en el Valle Miñor, no hacen caso á cosas de curas, porque ya saben quienes son.

Subieron á la tribuna los oradores, acompañados de muchísimos presbíteros. El primero de aquellos estuvo furioso contra las «malditas» escuelas; parecía incomodado con el pueblo; pero, claro; el pobrecito iba á ganar unas cuantas pesetillas; si mañana le dan otras tantas para que diga lo contrario, no tendrá inconveniente en ello.

El hipócrita del hombre se fué un poco más allá de lo que debía, y hallán-

dose en el sitio el incansable luchador D. Ventura Estevez, de la Ramallosa, protestó desde en medio del público (que sería de unas 5.000 personas, anticlericales la mayor parte), con estas palabras: ¡Vivan las escuelas laicas! ¡Abajo los inquisidores!, contestando con vítores y aplausos todos los concurrentes.

Al ver esto los de la tribuna, bajó de allí lo mismo que un rayo el abad de Panjón, D. Florencio Fajo, echándolo las manos al Sr. Estevez, que con la aglomeración de gente cayó al suelo. Observado esto por el pueblo se amotinó de tal manera, que el referido abad llevó una buena paliza. Gracias á la intervención del alcalde no pasó la cosa á mayores.

Al levantarse otro orador, el pueblo vuelve á dar vivas á las escuelas laicas, los neos estaban desesperados.

Uno de los oradores dijo que los americanos venían á propagar malas ideas á España, haciendo sonar cuatro perras en el bolsillo, que ganaron allá de maleteros, á lo que contestó el pueblo con silbidos y mueras á los oradores. Al mismo tiempo cruzaron al aire varios bastones, dando lugar la confusión á que se creyera que iba á lanzarse una bomba, por lo que huyó la gente, dejando solos á los de la tribuna, que se esforzaban en gritar diciendo que no se marcharan, que en Gondomar no había que temer.

Los vivas al laicismo continuaron durante el mitin y los ánimos se excitaban tanto, que el alcalde en persona fué al cuartel á buscar la Guardia civil.

El mitin resultó un fracaso y demostró á sus organizadores que hay en Gondomar gente dispuesta á luchar por los ideales progresivos.

Los curas quedaron abochornados al ver que el Valle Miñor es republicano.

LA LUCHA (Vigo).

NOTAS DEL CAMPO

El suceso del día en el pueblo es el examen de los muchachos y muchachas que asisten á la escuela. Mejor pudiera decirse que quien se examina es el maestro, un hombre joven é inteligente que, gracias á haber obtenido uno de los primeros números en refina oposición, pudo venir á este pueblecillo.

Preside el acto el cura y le acompañan como tribunal juzgador, el alcalde, el médico y algunos otros vecinos de los mejor acomodados.

Los chiquillos vestidos con lo mejor que tienen y hasta calzados en su mejor parte, se hallan acobardados esperando su suplicio. El maestro nervioso está mucho más azarado que los alumnos.

Comienza el examen. El maestro dirige al tribunal, y más especialmente al cura, é indica que los niños van á cantar el himno que diariamente sirve de comienzo á las clases.

—...Me he permitido enseñarles estas canciones, suprimiendo la oración que antes canturreaban. En modo alguno quiere esto indicar que descuide la religión... nada de eso... ya verá el señor cura cómo están bien de Historia Sagrada y catecismo... Pero la oración la decían sin entenderla, y el sonsonete era muy pesado. Yo he pedido estas canciones que se cantan en América, de

música muy sencilla pero agradable y cuya letra pinta las cuatro estaciones del año. El día primero de cada estación el himno cambia, y así los niños aprenden insensiblemente, cuando cambian las estaciones, por qué, y aquellas labores campestres más importantes que se realizan en cada una de ellas...

El cura tuerce el gesto. Después cuchichea con el alcalde y al fin exclama:

—Continúe, continúe con la oración, que tiempo hay durante las clases de enseñar otras muchas cosas... Ahora, que canten lo que saben.

La clase entera con buena entonación canta los cuatro himnos, en los que se ensalza la naturaleza. Ni una sola vez se cita el nombre de Dios. El cura vuelve á cuchichear y expresa por sus gestos el disgusto que le causan estas profanas canciones. El maestro se da cuenta perfecta de todo y suda la gota gorda.

Continúa el examen por los más pequeños. En vez de carteles con el abecedario, el profesor les enseña unos cartoncitos conteniendo una letra; cuando algún niño titubea, vuelve el cartón y aparece en el reverso un cromó que representa una cosa cuya inicial corresponde á la letra contenida en la otra cara del cartón.

—Lo hago así—dice—por facilitarles el trabajo, para asociarles ideas, para no fatigar su memoria.

—Muy mal hecho—responde el alcalde—porque así nunca aprenderán nada. La letra con sangre entra.

El maestro palidece. Los del tribunal hacen señales afirmativas al alcalde. Unicamente el médico fuma un cigarrillo, mirando al techo y sin preocuparse de nada.

Continúan los exámenes en forma parecida con mil regañones al profesor. Unicamente satisface á todos el ejercicio de Geografía, precisamente aquel en el cual los muchachos andan más desahogados. En este ejercicio el maestro mira al médico y sonríe; es su venganza.

Cada chiquillo se coloca puntero en mano delante de un mapa sin nombres.

—Señale usted Berlín—manda el maestro.

El alumno lleva la punta del bastón sobre Atenas.

—Muy bien—indica el mentor.

El tribunal afirma.

Y cada disparate de esta índole es comentado mudamente por una mirada que se cruza entre médico y maestro.

Termina el acto, con una buena reprimenda de aquellos majaderos, que sin ella no se hubieran retirado satisfechos. Los chiquillos gritan alegremente y unos á otros se enseñan los premios recibidos. Todo el mundo está contento, menos el maestro, que acaso piense en la inutilidad de sus estudios pedagógicos.

JOSÉ ARAGÓN

(Continuará.)

Ese es el camino

El parroquidermo de Montegiclar insultó al Sr. Canalejas y al gobierno, en una plática que dirigió á sus fieles en la misa mayor.

El alcalde se lo comunicó al gobernador civil, y éste ha pasado la comunica-

ción al fiscal de la Audiencia para que proceda con arreglo á ley.

Meta el gobierno un par de obispos en la cárcel para hacer boca, diez ó doce canónigos, cincuenta párrocos y quinientos frailes, y España quedará convertida en una balsa de aceite.

Y se dará un espectáculo nunca visto por las generaciones pasadas, y del que tampoco disfrutarán las futuras: ver á El Motín convertido en periódico ministerial.

Me parece que vale la pena de enchi-querar á esa gente inferior, para tener la honra de contar con el apoyo de un periódico que, por el sólo hecho de no pertenecer á la Buena Prensa sería un periódico decente, si no lo fuera por cincuenta razones más.

Hasta las estacas se nos llevan y hacen bien.

En España hay una villa que se llama Monforte, y en Monforte hay una casa mal llamada colegio, debiendo llamarse madriguera de frailes. Y en esta madriguera, edificada en 1593, ¡ya van años!, por el arzobispo Rodrigo de Castro, hay un cuadro dicho la *Adoración de los reyes*, debido al pincel de Van-der-Goes.

Sucesores del prelado en el patronato fueron los de Lemos, condado que ha pasado á los de Alba. El colegio fué cedido á los jesuitas; expulsados éstos de España por malos prójimos, después de varias vicisitudes fué entregado á manos de los escolapios, que tan buenos negociantes están resultando hace tiempo.

Estos ejemplares hijos de Cristo, que cobran del Estado sus millonajos, ofrecieron al ministro la adquisición del cuadro por la friolera de veintitrés mil libras esterlinas, y no habiéndolo adquirido el Estado, hánlo vendido á un príncipe extranjero por un millón ciento ochenta mil francos.

La prensa tuvo á bien enterarnos de este negocio espiritual, y háse armado gran zipi-zape.

Pero nadie se ha fijado en que la venta urgente de este cuadro coincide con la prisa que se dan todos los frailes en arramblar con cuanto pueden atrapar, reducirlo á moneda y pasarlo al extranjero, en donde piensan ir á refugiarse los frailes con sus currutacas, no como frailes, sino como judíos banqueros, hechos con el trasquileo de los borregos españoles.

El Mundo combate con este motivo á los pios-escolas, diciendo que si esto y aquello, y aun saliéndose fuera del tiesto y marco del cuadro para acusarles de defraudar otras fundaciones. ¡Mira los escola-pios! ¿Son estas mañicas de defraudación las que enseñan á sus alumnos? ¿Son éstas las reglas de Calasanz, con las cuales se envuelven ante el público? Si el Vivillo, el Pernaes, el Aldije, el Rull hubiesen conocido esos

gajes religiosos, á frailes se meten de seguro para desbaliar al prójimo con la a subvención del Estado y la bendición papal. Y el ocurrente colega reclama que el colegio de Monforte sea devuelto á los jesuitas, idea originalísima, ó si se quiere «muy justa», según dice el colega, porque claro está que si á los jesuitas pertenece, no lo pueden gozar en paz los escolapios.

Los frailes son así: unos se desbalian á otros como bárbaros ulanos. Y en caso de reponer la justicia, comiencen los jesuitas por ceder á sus dueños el monasterio de Veruela, la Cartuja de Granada y demás conventos usurpados á sus hermanos de religión y de atrápalas-Pedro.

En el penúltimo numero vimos cómo ciertas monjas vendían una virgen milagrera; ahora los escolapios venden la *Adoración de los reyes* con toda la familia de Cristo, el buey, la mula, la paja y el pesebre.

Pronto veremos sacar á subasta los Cristos de Fuencarral y de Lepanto; las Vírgenes de Covadonga, de los Desamparados, de la Leche, de Montserrat y la Pilarica...

Y cuando no queden ya ni las estacas, ¿qué venderán los obispos y frailes?

En lo sucesivo voy á fijarme en los anuncios de A B C. Entre las señoras que se ofrecen al santo servicio del sacerdocio, ¡digo... del sacerdote!, espero ver anuncios de ésta ó parecida índole:

«Un Rdo. Provincial desea acompañar señoritas.»

«Una novicia de buen ver se ofrece á caballero sólo.»

«En el Monasterio de Tal. Servicio devoto. Gran confort. Cuartos reservados. Ejercicios piadosos.»

«Capilla: se alquila...»

«Un fraile saca á subasta á su padre, madre, hermana y abuela.»

«Instituto de San Pudibundo. Se vende la vergüenza.»

«Piojos religiosos: á real docena.»

«Amas de cría. Leche garantizada. Surtido continuo. Razón, Convento de Cuál...»

Y á nadie le extrañarán estos anuncios.

Después que vendieron la cruz de Cristo y los huesos de los santos, ¿qué es lo que dejarán de vender?

PORTUGAL

Entre jesuitas y frailes

Continúa á más y mejor la zalagarda entre los franciscanos y los jesuitas portugueses, sin que pueda aplacar el escándalo el deseo de la Santa Sede de que la ropa sucia se lave en casa.

A *Lanterna* háse convertido en archivera de los curiosos documentos que van saliendo á luz en esta trifulca monástica, en la cual van tomando parte los periódicos *Revista Catholica*, *Portugal*, *A Restauração*, y otros.

La *Revista Catholica* merece singular mención. Su director es un ilustre y perinclito padre jesuita acusado de hacer en el confesonario proposiciones obscenas á las señoritas penitentes suyas, con cuyo acto atrae á su consulta la flor y nata de las pollitas gazmoñas, de las casadas místicas y de las devotas viuditas á quienes el Señor ha conservado en buen ver el palmito y demás anejos.

El reverendo y ejemplarísimo hijo de San Ignacio, sale á la carga contra los franciscanos, acusándolos de herejes, escandalosos, impíos y demás dicterios dignos de la exclusiva de EL MOTIN; los superiores franciscanos acusan á los jesuitas de difamadores, calumniadores, hipócritas, malvados, embusteros, far-santes y demás adjetivos católicos. Replican otro tanto los sectarios del cojo de Loyola, y en tal jeringonza, unos y otros lucen sus excelentes dotes de ver-duleras sin recato.

¡Deliciosa camorra la de los frailes! Falta que salgan las penitentes del jesuita á declarar al público las sanas máximas y las ejemplares doctrinas que en el confesonario les da el sátiro padre, uno de tantos jesuitas babosos dados al *ejercicio* del palpaleo cochino-místico. Mal debe de andar el pienso cuando ya los lobos se muerden unos á otros.

Conviene advertir que este escándalo es la primera chispa del enconado odio que los mansos sectarios de Loyola profesan á agustinos, carmelitas y franciscanos. No olvidan que el alma de la expulsión sufrida en el siglo XVIII, fué el franciscano P. Eleta, aconsejado por el general agustino P. Vázquez y por los carmelitas.

Como se han vengado de los Borbones, han de vengarse de los frailes y de los obispos. Estos ya están destruídos. Los jesuitas los tratan á puntapiés y utilizanlos como editores responsables y como pantallas de sus fechorías. Faltaban los frailes.

En España, agustinos y jesuitas están cargando los cañones, enfocándolos unos contra otros; á la voz de *¡fuego!* se armará el batiburrillo que será de ver. Las penitentes de ambos institutos que van á contar á los unos las *proposiciones* obscenas de los otros, nos distraerán con sus edificantes relatos, y veremos una lista de vírgenes desvirginadas, de viudas dadas al diablo, de padres que lloran el estropicio de los hijos, de hijos y sobrinos desheredados... la mar monástica.

Con los franciscanos ya armaron camorra en Mallorca, haciéndoles expulsar por el avinagrado obispo Campins, disolviendo la comunidad de hermanos, excomulgándolos, confinándolos, metiéndolos en la cárcel, difamándoles y calumniándoles. El ladino general padre Linares, modelo de avisados vividores, franciscano de título, con alma jesuita, dejó á los suyos en la estacada para evitar seguramente que los jesuitas se liasen con él.

En fin: que es lástima que los pueblos

se den tanta prisa en acabar con esta ra-lea frailuna cuando tan pronto acabarían unos con otros devorándose como fieras.

Y es más lástima que el Estado no les deje poner en funciones la Inquisición, que nos daría buenas sartenadas de frailes en pepitoria, trufados, fritos, asados, con menudos de monja y despojos de novicia. ¡Lástima!

Asesino presunto

Predicando en Castellón dijo el padre Cubí:

«Cuando un pobre os pida una limosna, en lugar de darle cinco céntimos, dadle un periódico de la «Buena Prensa.»

Ese loyola quiere acabar con los pobres.

Facilitarle un periódico de esos á uno que lleva un día sin comer, equivale á encomendarle al asco la misión de darle la puntilla.

No hay estómago vacío que no se vea acometido de un cólico miserere al verse en contacto con semejante porquería.

Explotando la Inmaculada

He recibido una circular encabezada con un membrete que dice:

«La Purísima Concepción, Agencia de Negocios del Centro Social del Instituto Católico», establecido en la calle de Jacometrezo, 19 y 21, 1.º centro, en Madrid, y dirigido por un Isidro Barbero Carrasco, que firma y rubrica al pie de la circular misma.

Dice él que ese Centro lo dirigen los Padres de la Compañía de Jesús, inspirados en las directrices que emanan de la Santa Sede, y señala como asuntos á que la referida Agencia de Negocios de la Purísima Concepción—¡qué burla tan sangrienta de la divinidad!—se consagra, los que siguen, ordenados por capítulos:

1.º Compra-venta de toda clase de fincas rústicas y urbanas: nuda propiedades, usufructos, hipotecas, pactos de retro-venta (la forma más asquerosa de la usura); alquileres de fincas, traspasos de tiendas y locales, etc.

2.º Comisiones y representaciones para la venta de toda clase de artículos.

3.º Concesión de patentes; registro de marcas de comercio, anuncios combinados en periódicos, teatros, sitios públicos; reparto de cartas, circulares, etcétera.

4.º Suscripciones á periódicos y revistas españoles y extranjeros; correspondencias, espectáculos, coches; reclamaciones á los ferrocarriles y envío á domicilio, á provincias y el extranjero, de toda clase de encargos.

5.º Colocación de toda clase de personas extrañas al «Centro Social»; alquiler de libros, consultas, informes personales, comerciales y de crédito; originales, copias y traducciones á máquina ó imprenta.

6.º Gestión de toda clase de asuntos

en todos los centros oficiales; asuntos de aguas, expropiaciones, pósitos, etc.

7.º Habilitación y expedientes de clases pasivas; jubilaciones, pensiones, viudedades, orfandades, cobro de cantidades, compra y venta de valores.

8.º Asuntos judiciales; certificaciones, avalúos, concursos, quiebras, etc.

9.º Asuntos eclesiásticos, gestión de todos los de esta clase; preces á Roma, bendición de Su Santidad, dispensas matrimoniales, títulos nobiliarios y reales licencias de matrimonio.

10.º Representación y apoderación de los padres que tengan hijos de Madrid.»

Acompaña á la circular una hojita impresa, ofreciendo trabajos de imprenta, á cuyo pie se lee:

«Pídanse presupuestos y detalles á «La Purísima Concepción», Agencia de Negocios del Centro Social del Instituto Católico de Artes é Industrias, Jacometrezo, 19 y 21, Madrid.»

Después de leer esa enumeración de los negocios á que se dedica «La Purísima Concepción», y de saber que la dirigen y manejan los hijos del Sr. Inigo, uno mi voto al de los que piden que sea la compañía la tercera orden concertada. Con diez ó doce «Purísimas Concepciones» distribuidas por toda España, dejarían encueros á las ánimas benditas.

La creación de esa sociedad ha venido á iluminar un punto que aparecía oscuro en mi espíritu; el de por qué se luchó durante tantos siglos, dentro y fuera de la Iglesia, por elevar á dogma lo de la pureza de María. Ahora lo veo claro.

Era para que pudieran los jesuitas cubrir con su nombre ese negocio de préstamos, deshaucios, quiebras, bendición de Su Santidad, expropiaciones, preces á Roma, y demás que en la circular se indican.

¡Con musiquitas á él!

¡Y qué animal se puso el cura de San Martín de Teverga, al oír un organillo de manubrio! Por poco no despampana al que lo tocaba.

¿Por qué aquéllo? Porque, según su asnal saber y entender, las piezas de música pertenecían á obras teatrales inmorales. ¿Qué sabrá él de moralidad?

Como dice con mucha gracia un periódico comentando el hecho, es triste que se pasen estos acémilas tantos años abarrotándose de latín y alubias en los seminarios para desempeñar después papeles de esta clase.

Peroraba en un club un obrero.

—Compañeros, decía; luchemos hasta que no tengamos más horas de trabajo que las que tienen los curas.

—¿Cuántas son? interrumpió uno.

—Media hora, con el fresco de la mañana, y todavía en la mitad del trabajo meriendan.

Lo que se ve desde un campanario

¿Quiere usted, amigo y señor madrileño, subir conmigo al campanario de la iglesia de cualquier pueblo ó aldea de España? No tenga usted miedo de que nos parta un rayo, puesto que el cielo está sereno y hace un hermoso día. ¿Acepta usted? Pues vamos á recoger la llave de la parroquia, y de camino lo presentaré al portero. Salvo un centenar de defectillos que tiene, es una buena persona.

¡Demonio! Me parece que hemos llegado en mala hora, pues hay bronca. ¡Anda, y cómo se sacuden mutua, respectiva y bestialmente el *pater* y la sobrina! ¡Y cuánto chillan los *churumbes*! ¿Se sonrie usted? ¡Nada menos que cinco angelitos, robustos vástagos dignos de los que se nutren con chocolate de los R. P. Bnos. Le llamó ramera á la sobrina? Pues ahora es ella la que sacude. ¡Cuánto gozaría D. José Nakens, si estuviese aquí con nosotros! ¡No oye usted un ruido como de vidrios que se rompen? ¡Ah! Sin duda la sobrina le ha roto al tío la botella del aguardiente sobre la cabeza. ¿No le dije á usted que, salvo algunos defectos, tenemos un buen párroco en la aldea? Mire usted, buen amigo, qué poco caso hacen los vecinos de las voces que da esa sagrada familia. Están ya acostumbrados á estas escenas. Me parece que la tormenta ha calmado algo y podemos entrar... Guárdese usted ese número de EL MOTIN que asoma por el bolsillo de la americana, pues si el *pater* lo ve, nos va á soltar un discurso de moral y debemos aprovechar el tiempo en otras cosas. Y aunque la sobrina es muy guapa, cuidado con piropearla, señor madrileño. Yo le temo más á un cura celoso que á un miura.

Son muy buenos estos cigarros puros, señor cura, y según afirma mi amigo, en Madrid jamás los fumó iguales. ¿Dice usted que son de contrabando?—Como el sacristán es tan aficionado á enganar á la Tabacalera... Tiene usted razón, de contrabandista á ladrón, sólo hay un paso.—Por mí, como usted quiera, pero mi amigo no bebe aguardiente.—Bueno, conformes; esta noche formaremos *vaca* los tres, y le daremos un buen golpe á la banca del casino.—Quedan prohibidos los *entrés*.—¿Ha visto usted, señor cura, que ilustrado es mi amigo, y yo que ignorante?—De toda la conversación que han sostenido ustedes durante una hora, sólo he sacado en claro que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, y de que los pueblos realizan su destino bajo su mano soberana, con excepción de aquello en que *Satanás* interviene.—Sí, señor, sí; son muy sinvergüenzas los pobres de este pueblo, señor cura, y en cuanto ven á un forastero como mi amigo, más que limosna parece que piden imponiéndose.—Eso que usted ha dicho; que trabajen ó revienten ó vayan á robar á un camino.—Sí, sí, ya comprendo; usted quiere decir que Cristo enseñó á pedir con humildad.—¡Ya lo creo que es más noble y más santa esta doctrina, que la que predicaban los socialistas, que todo lo piden á la fuerza!—Sí, señor, sí, que es absurda la ley de accidentes del trabajo. Eso de imponer la caridad por medio de un juez, es bestial.—¿De modo que el ángel Gabriel entró por la ventana á anunciarle á María su destino?—Tiene usted razón, sí, es horroroso pensar cuál hubiera sido el destino de la humanidad, si aquella ventana no hubiera existido.—¡Ea, señor cura, nos alegraremos que tenga usted necesidad de gastar poca *draca* para esos *chichones* conyugales, y adiós!—Se devolverá la llave con las gracias.

Mi opinión es que poco más ó menos, este campanario podrá tener unos diez metros de altura, pero esto no quita para que desde él se descubra un panorama muy pintoresco y misero á la vez... Excepto una docena de casas de regular apariencia, las demás son miserables casuchas de un sólo piso.—¿Que

quiénes las habitan?—Mire usted hacia la campiña... ¿Ve usted unos seres que encorvados siegan el trigo, cuyas doradas espigas azotan de vez en cuando sus tostados rostros? Esos son los moradores de tan pobres caseríos.—¿Cuál dice usted, aquella casa de buena apariencia que se levanta en el centro de la aldea?... Es un moderno castillo, conocido con el nombre de «Casa-cuartel»; hoy no se concibe la vida normal de un pueblo, por pequeño que sea, sin que las armas estén preparadas á imponer el orden en cualquier momento.—Ya Fray Luis lo dijo en sus versos de «Qué descansada vida»...—¿Aquella otra que ostenta la bandera nacional? Es la escuela. Oiga usted, oiga usted, cómo cantan los niños una plegaria para que el Altísimo los libre del garrotillo. Tienen dedicada cinco horas de clase para ello; las niñas todo el día.—¿Cuál, aquella otra de la derecha?... Es la casa Consistorial.—¿Y dice usted que los ayuntamientos son los administradores del pueblo? Yo creía que eran los amos.—¿Qué por qué no elegimos un alcalde honrado? Porque aquí lo imponen á la fuerza; el actual, que es un mal hombre, lleva ejerciendo veinte años consecutivos, pero como la alcaldesa tiene en Madrid una prima hermana, que es prima segunda de una sobrina de la tía del diputado, pues lo que imponen de arriba hay que tragarlo. Cree usted que es preferible cruzar el Sahara á pie y descalzo en el mes de Agosto, á sufrir á un monterilla veinte años seguidos.—¿La otra cuyo humero arroja humo en este momento? ¡Ah! es el juzgado municipal, donde se suele administrar justicia según los grados de amistad y parentesco con que se está ligado al juez. Son Audiencias en miniatura, y está dicho todo.—¿La última de esta calle, la única que tiene balcones en el pueblo? Esa es la del representante del señor ministro de Hacienda en esta aldea, es decir, el recaudador de contribuciones, impuestos y otros excesos. En la casa de enfrente vive el médico, y en la de al lado el boticario. Tenga usted la bondad de no caer enfermo mientras esté con nosotros, porque yo no respondo.—Aquella es la cárcel. Vea usted ahora cómo sale el alcalde acompañado del secretario de ayuntamiento; como estamos en elecciones irán á pedir votos. ¿Qué para qué va el alcalde con él? Pues para meter en la cárcel al que vote en contra del secretario.—¿Aquella otra con aspecto de bodega? Es el casino del pueblo, es decir, una taberna disfrazada con ese nombre, y donde esta noche, en compañía del cura, probablemente nos desbajarán.—¿Aquella otra, en cuya puerta se dan de paños y bofetadas en este momento, consumidores y paisanos? Es la Administración de Consumos, ó sea el fielato, donde se paga antes de consumir y muchos artículos antes de nacer. Vea usted, ya mataron á uno de los contendientes y empiezan á llegar curiosos. Cuente usted: el organista, el sargento retirado, el cartero, la partera... ¿Qué de qué sirven tantos seres como he citado desde que subí á este campanario? De lo que sirven muchos y altos personajes que allá en la corte no entienden estas cosas. Mire usted, mire usted hacia la campiña, el sudar de aquellos que, á pleno sol, siegan el trigo, y cuyas doradas espigas, en señal de protesta, azotan de vez en cuando sus ateizados rostros.

JUANICO EL CONFITERO

Cosas que pasan

Un diario dice que para casarse D. Jaime estrenará el uniforme que acaban de regalarle; pero como sus vasallos, sin duda por olvidárseles, no han puesto funda á la espada, aunque es error subsanable él piensa usarla desnuda. Hombre, no; que se la envaine,

pues como ahora acaudilla á las huestes de su padre puede tener por seguro que vainas no han de faltarle.

Una liga las señoras formar ahora proyectan en contra de los proyectos del Gobierno Canalejas. ¿No podrían esas damas que se agitan y se inquietan antes de hacer esas ligas aprender á hacer calceta?

Tras de diez años de ausencia que en el Africa pasó, á su patria al fin volvió, en uso de una licencia, un bizarro militar noruego, á quien habían dado por muerto, y hasta olvidado, las gentes de su lugar. A su casa decidido fué; mas, ¡sorpresa horrorosa!, se encontró conque su esposa había desaparecido.

El á su mujer buscaba ansiando volverla á ver, más, de hallar á su mujer, ya desesperado estaba, cuando supo con dolor, con pena y con sentimiento que se hallaba en un convento y era esposa del Señor.

El militar fué por ella, pero al salir la mujer, el pobre marido, al ver que ya no estaba tan bella y además muy escamado al pensar en la afición que á ella por la religión en su ausencia le había entrado, pensativo y vacilante estuvo por un momento, la saludó luego atento y le dijo muy galante, cortés y hasta cariñoso:—Ya que esposa del Señor te has hecho, mira, es mejor que te quedes con tu esposo.

J. BUGALLO SÁNCHEZ

LAS «HOJITAS» Y LOS OBISPOS

Por fin nuestros reverendísimos padres en Cristo, sucesores de San Pedro, de San Pablo, San Judas; de David el adúltero; de Judas Macabeo; de Jonás, Anás y Caifás; de César Borja el excomulgado; de D. Opas el traidor, de Calixto, el faccioso, etc., etc.; hermanos de los obispos de Dijón, el condenado por la Inquisición; del doctor Cochino, asesino de Juana de Arco; de Pedro de Luna, el antipapa, etc., etc., etc.; ¡por fin! nuestros venerables prelados, viendo que los rayos, relámpagos y truenos de las excomuniones no atajaban el paso á las intrépidas *Hojitas piadosas*, han denunciado la primera, y esperamos con fiada en que irán denunciando las otras.

El *leader* de esta campaña denunciadora ha sido el sabio y santo prelado de Orihuela, á quien Dios conserve muchos años su preciosa vida para incre-

mento de su fortunita y para alegría y satisfacción nuestra. Porque ¿de qué cosa más divertida podríamos hablar en este artículo? Y ¿de cuál personaje más empujado podríamos hacer remem-branza?

Sólo que el celo delator de tal ilustrísimo, resulta un sí es no es indelicado, pues parece que dice á su colega de Madrid-Alcalá: «Hermano: ¿estás duermes? ¿No ves que en tu diócesis se publican estas *Hojas piadosas* que echan á pique nuestra impiedad, y que por tu falta de celo todo el negocio de los obispos provincianos amenaza ruina? ¿No eres tú, hermanito, el centinela puesto por Dios ó por el Diablo, según decía el P. Seisdedos, para vigilar ahí el negocio de la Fe? ¿Cómo consientes que seamos los Pastores campestres los que vayamos á registrar las imprentas de Madrid...?»

Y esto, francamente, nos parece duro para nuestro queridísimo Prelado. Exhortámosle á que, en uso de sus facultades, lance la excomunión contra los perpetradores de esta especie de intrusión, amparando los derechos de sus diocesanos, entre los cuales se cuenta El Motín, que es, indudablemente, su mejor auxiliar en la tarea pastoral.

Y ahora veamos por qué han denunciado una *Hojita*: por «escarnio á la religión» nada menos.

El artículo del Código Penal referente al caso, dice así: «Incurrirán en las penas de prisión correccional en sus grados medio y máximo y multa de 250 á 2.500 pesetas... El que escarnecié públicamente alguno de los dogmas ó ceremonias de cualquiera religión que tenga prosélitos en España.» Es así que el catolicismo es un escarnio continuo del paganismo, del protestantismo y del judaísmo, todos los cuales tienen prosélitos en España; luego... á presidio los periodistas y predicadores escarnecedores de tales dogmas.

Pero tranquilícense nuestros lectores; en la tal *Hojita* no hay escarnio alguno, ni asomo de escarnio, antes al contrario, se quita la máscara de gazmoñería á los señoritos frailecitos que alaban con los labios la religión y con las obras la escarnecen.

Escarnecemos los chanchullos, hipocresías, embustes, supercherías y embelecos de los *explotadores de la religión*. ¿Es que los prelados quieren elevar á dogmas todos esos gatuperios? ¿Es que son *ceremonias religiosas* la seducción, violación, estupro, hurto y estafas de los frailecitos?

¡Ja... ja... ja! Tiren de la cuerda nuestros celosos Prelados, y veremos cómo *escarnecen al Cristo* colgado de la cruz, los que llevan las cruces colgadas de los cristos; cómo escarnecen la borrica en que montó Jesús en Jerusalén, los ilustrísimos de landó y automóvil; cómo escarnecen la corona de espinas, la mitra de diamantes; y cómo escarnecen de pies á cabeza el Evangelio los que lo ponen públicamente en ridículo llamándose apóstoles suyos.

Ya tenemos confeccionada otra *Hojita*: «El escarnio cristiano-episcopal.» Y á Dios rogando y *Hojitas* largando.

EJEMPLO QUE IMITAR

Los maristas de Barcelona, como los de toda España, tratan de irse al extranjero, antes que someterse á los proyectos de Canalejas.

Si es por miedo á que se descubran sus manejos y sus riquezas, hacen bien.

La lástima es que no les imiten los frailes de todas las ganaderías.

Memorias de un jesuíta

LA SEMANA SANTA EN LOS SALONES

Había para bendecir á Dios, según decían los padres, viendo la piedad y religión de la gente de Madrid.

Pasaron ya aquellos tiempos ominosos de la irreligión, en los que de continuo tenían los buenos que llorar algún atentado contra la fe, escándalo en los templos ó alarde de profanidad en los cristianos hogares.

Gracias á los colegios y congregaciones dirigidas por jesuitas, la reacción religiosa mostrábase exuberante por do quiera. Era un árbol sembrado el año ochenta, tierno tallo á la muerte del rey Alfonso, y ya gigante, majestuoso, que mecía sus ramas, lucía sus flores y ofrecía sus frutos sazonados.

Cuando se acercaba Semana Santa me dispuse á presenciar escenas edificantísimas en este Madrid donde yo naciera y al que dejara entregado á los bailes de Capellanes, las desnudeces de los bufos y el lujo encandalo de una aristocracia corrompida.

En uno de los días de la Semana de Pasión hube de hacer una plática en la capilla, preciosa por cierto, del palacio de un prócer de los más distinguidos y devotos. No me había equivocado. La sociedad madrileña se entregaba de veras al ejercicio de todas las virtudes. Aquella capilla se llenó por completo de una concurrencia de *élite*.

Durante mi plática, que fué bastante larga, reinó un silencio profundo, y vi muchas veces que las señoras sacaban el pañuelo para enjugar el llanto, que abundante corría de sus ojos, cuando ponderaba yo los tormentos que sufriera Jesús en la Pasión ó las amargas lágrimas que derramó la Virgen al pie de la cruz. Después se hizo el piadoso ejercicio del *vía crucis*, y, por último, todos cantamos el «perdón, oh Dios mío!»

Salimos á un salón, maravilla de lujo y esplendores, y allí quedé pasmado viendo que todas mis oyentes dejaban caer capas y gabanes y quedaban descotadas y resplandecientes de joyas, puntillas y colores.

—Supongo—me dijo la dueña de la casa—que nos honrará usted *haciendo colación* con nosotros. Jugaremos una partida de tresillo y le llevará después el coche, para que no tenga que andar ya tarde por la calle.

—No hay necesidad de que engan-

ches, pues le llevo yo al padre—interrumpió una solterona todavía de buen ver: andaluza, aristocrática y amiga de divertirse hasta un extremo inverosímil.

—Ya lo oye usted, padre.

—Con mucho gusto iré—contesté yo.

—La señora marquesa está servida—dijo en alta voz un criado, que parecía un arcipreste por su respetabilidad y encendido rostro.

Todos los caballeros ofrecieron el brazo á las señoras. Miré mi sotana, me acordé de mi plática mística; pero se me puso al lado una encantadora marquesa, un poco jamona, pero graciosa é insinuante como ella sola, y sin más, ofrecí el brazo, que aceptó *incontinenti*, y al comedor nos fuimos, formando la *couple* más curiosa que imaginar se puede.

—No vamos á hacer más que una ligera colación—advirtió la marquesa, y el mozo de comedor me ponía delante ó al lado izquierdo una sopa que olía á rica manteca que transcendía.

Me serví un buen plato, é inmediatamente una mano forrada en algodón blanco me sirvió una copa de vino que, según luego vi, era riquísimo Burdeos.

Digo que lo vi y digo mal, porque lo que hice fué sentir sus efectos, y fueron que la marquesa voluminosa que descotada se sentaba á mi lado, empezó á parecerme graciosísima y simpática en extremo. Corrí un poco mi silla hacia su lado y, como la mano enguantada de algodón seguía llenando mi copa de Burdeos, resultó que me olvidé de que era semana de Pasión, me dominó la gula y comí salmón, pavo y cuanto me presentaron, con tanta mayor tranquilidad cuanto que la amable dueña de la casa me decía:

—Así me gusta, padre, que dé usted ejemplo de no tener escrúpulo, que hay muchos á quienes les hace daño y se empeñan en ayunar.

No pude averiguar por quién lo decía, pues allí se empeñaban todos en que no quedara ni una botella llena ni una fuente ocupada.

Acabó por formarse en el comedor una atmósfera asfixiante. El ruido era ensordecedor. Mi vecina presentaba un aspecto lamentable. Había tenido el capricho de colocarse en el rizado tupé un peinecillo de brillantes; pero con el calor y los continuos movimientos el tupé se despeinó, el peine pesaba y se vino hasta los ojos de su dueña, y ésta, sudorosa y del color de la escarlata, contaba, ó me contaba, cuentos de su bido color.

No sé lo que allí se habló; lo que sí recuerdo, es que todos decían que iban á asistir á los Santos Oficios en las Calatravas; que las señoras anunciaban que *pedían* en esta y las otras iglesias, y se anatematizaba á los impíos que atacan nuestra santa religión católica.

Jugamos al tresillo; á las once se sirvió el té con pastas de todas clases, y chocolate, del que mi vecina en la mesa se tomó cinco jícaras.

Por fin, y al amanecer, la solterona andaluza se cogía de mi brazo para bajar la amplia escalera alfombrada, y nos metíamos en su coche, que rodó veloz, llevándonos, á mí á la residencia y á ella á su casa.

GIL BLAS DE SANTILLANA

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 21